

Esta edición PDF del **Papel Literario** se produce con el apoyo de



CUENTA EL HISTORIADOR JAVIER GONZÁLEZ: Al día siguiente, el diario **El Nacional** publicó una reseña que daba cuenta de los inicios de los trabajos de construcción del mencionado estadio. La nota, firmada por EH (El Hermanito), seudónimo del periodista deportivo Napoleón Arráiz, hermano del poeta Antonio Arráiz, director fundador de ese diario, provocó un gran malestar en el alto gobierno y el cierre temporal del periódico, cuyos propietarios eran Henrique Otero Vizcarrondo y su hijo, el afamado escritor Miguel Otero Silva.



HOMENAJE >> JOSÉ RATTO-CIARLO (1904-1997)

Sobre *Los inmortales*

Nacido en Perú, vivió en Italia, volvió a Perú y, alrededor de su veintena, viajó a Venezuela, donde adquirió la nacionalidad y vivió el resto de su vida. Fue periodista, historiador, biógrafo, ensayista, político, crítico de arte e investigador. Entre los muchos aportes de José Ratto-Ciarlo al periodismo en Venezuela, le recordamos por haber sido el fundador de la pionera sección de Cultura de **El Nacional**. El texto que sigue es el prólogo de *Los inmortales*, libro de Ratto-Ciarlo publicado en 1966

RAMÓN J. VELÁZQUEZ

Para mí resulta particularmente grato hablar de Ratto-Ciarlo, tratar de mostrarlo tal cual es. Ante todo, puede hacer suyos los versos de Antonio Machado:

“He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas;
he navegado en cien mares
y atracado en cien riberas”

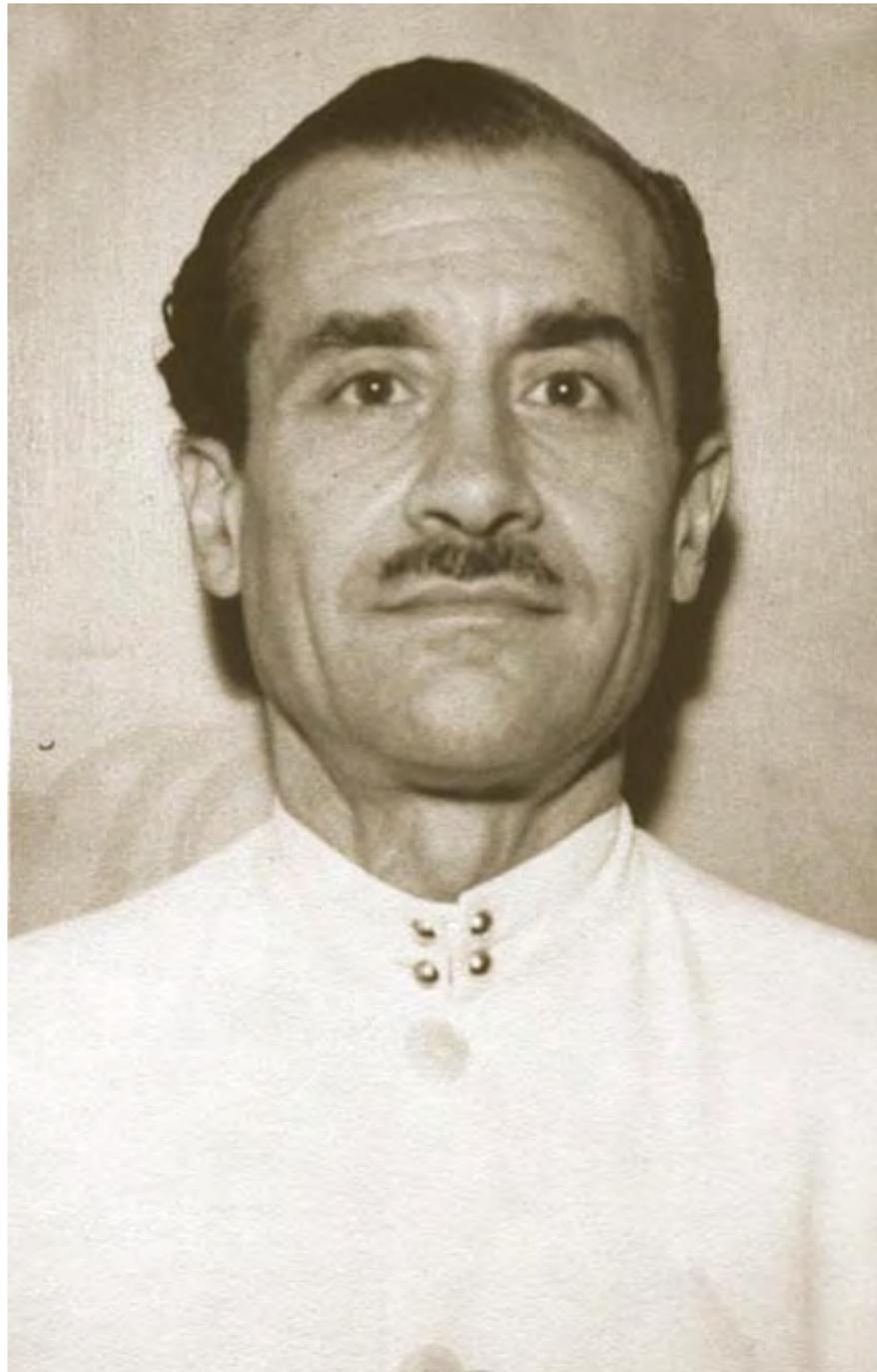
Desde el Perú llegó a nuestras costas. En Lima le dio Ratto-Ciarlo sentido a su vida. Fue la época en que la angustia nacional había sido canalizada a través del pensamiento genial de Mariátegui. Como la nuestra de Santa Rosa en la década de los 20, la vieja Universidad de San Marcos remozó sus claustros con los brotes revolucionarios. De esa permanente actitud de Mariátegui, del anhelo juvenil de aquellos días derivó nuestro personaje su actitud ante la vida y dentro del cuadro de sus actividades.

Mozo aún, junto a su familia, llegó a Maracaibo. La ciudad estaba en plena efervescencia petrolera y la fortuna andaba como desgarrada por calles y campos. No había mucho tiempo disponible para especulaciones intelectualistas. En las cervecerías de la plaza Baralt se marcaba el acento urbano de las nuevas promociones.

La madre de Ratto-Ciarlo semejaba una estampa bizantina y poseía exquisita sensibilidad. El padre deleitaba a los vecinos con el melódico rasguear de la guitarra y su contagiosa alegría. En Ratto se conjugaron los disímiles temperamentos: ensoñación; espíritu de artista; cuerpo escualido de cenobita con alma de Palemón.

De Maracaibo partió hacia la tierra de sus mayores a estudiar Arte. La obra llevada a cabo por el hombre en las ciudades; el limpio cielo, la naturaleza toda, invitan a la imaginación. Cuando regresó, había madurado sus conocimientos y se habían aumentado sus inquietudes. Ejerció la docencia y fue profesor de griego. No voy a seguirlo en estas andanzas pedagógicas.

Sus estudios y los viajes fueron provechosos para la formación espiritual y le facilitaron la posterior redacción de algunas obras, como *La utopía del reino de Dios*. Un libro de accidentada elaboración. Allá, por 1933, lo inició recogiendo las primeras fichas a raíz de una tertulia. En Valera, en 1946, hizo una primera ordenación



JOSÉ RATTO-CIARLO / ARCHIVO FAMILIAR

de materiales. En 1953, en La Mesa de Esnujaque, preparó un proyecto de redacción. En 1955 lo reelaboró en la misma población trujillana y, al poco tiempo, lo dio a la imprenta. Ratto se ha ocupado preferentemente del arte, de cuestiones antropológicas y etnográficas americanas y ha hecho indagaciones en torno al sentido místico del hombre, intentado explicarse el porqué de esos periodos de fe o de agnosticismo, épocas en las que la humanidad se busca dentro de sí misma o se reduce a vegetar, sin otras preocupaciones que las de pervivir.

Sus inquietudes en este sentido son espoleadas por San Pablo, quien con Buda o Platón, ha sido uno de los hombres que mejor han entendido la esencia divina. A Saulo no le llegó el conocimiento tras una exploración interna, ni por la penitencia y el ascetismo en la soledad. Saulo comprendió cuando en el exceso de la pasión sintió el aguijón de la duda y contempló, deslumbrado, el esplendor de la verdad.

Al cabo de los años, la influencia de sus lecturas de mocedad y su antiguo entusiasmo no los ha perdido, ni tampoco aquella cedió ante otros ídolos. Por ello se ha empeñado en hallar puntos de equilibrio entre la concepción dialéctica inicial y su nunca desmentido misticismo.

Nuestro amigo, sin embargo, no estaba hecho para las mesuradas labores docentes. Quería desligarse un poco de los espíritus suaves y rudos, las síncopas, apócopeos o aféresis, los duales, voces medias y aoristos. Inquieto siem-

pre, iba de un lado a otro buscando un puerto. Peregrinaba incansable tratando de encontrar su vocación, una razón trascendental de ser. En un país rural, no era fácil hallar una. En un país aislado del mundo no abundaban campos propicios donde espigar la adecuada. Las principales oportunidades se las reservaban los hombres de presa. Los intelectuales o los artistas llevaban existencia de topos o de caracoles. En unos casos, enterrados en vida. En otros, construyéndose apropiadas armaduras contra el ambiente, agregándose a la trailla de los oportunistas, a la clientela de los explotadores. Las sombras fatídicas de las desesperanzas se extendían por todos los ámbitos y la amargura del alma ponía salmos de desesperación en los labios resecos de los perseguidos.

El ambiente del país era sofocante hacia 1935. Tan sofocante como el propio clima marabino si corre por las riberas del lago el viento sur. Muchos caminos había trasegado ya Ratto-Ciarlo con impetuosa vehemencia cuando la desaparición del general Gómez permitió alzar la lámpara de plomo que pesaba sobre las conciencias. ¿Cuántos quedaron cegados con la luz democrática que, entonces, se encendió?

El resplandor del rayo en las tinieblas deja ver el rumbo. Ratto-Ciarlo al fin se descubrió y se encontró capaz de enfrentarse a la nueva vida en un campo que desde esa época le atraía. Había elegido la profesión de periodista. Se impuso, desde luego, una misión áspera. Una misión que

se ha de emprender con entera devoción y desinterés. Sus comienzos fueron amargos en 1936. El periodismo en esa época implicaba voluntad de sacrificio, heroísmo. Todavía es profesión riesgosa si se ejerce con honestidad. Ratto-Ciarlo quiso editar un periódico que consignase sus anhelos. Esta primera salida no le produjo rendimientos. Como en la del Ingenioso Hidalgo, Ratto retornó descorazonado, ya que apenas si publicó el primer número de su vocero.

La vida acrisola los espíritus; el tiempo da forma a los caracteres y depura los estilos. La experiencia es como un alambique, a través de cuyo serpentina la vida destila sus esencias. Poco a poco se fue haciendo el autor a la obra que tenía por delante, a conformar su angustia. Ahora Ratto-Ciarlo no es aquel mozo que en tierras zulianas soñó cincelar versos en mármol de Paros bajo las doradas palmas de la ribera.

Ahora es hombre de severas disciplinas y fino crítico de arte, acrisolado por sus preocupaciones clásicas y sus conocimientos y comprensión de los movimientos modernos. Ha regresado, a través de la prensa, a sus años juveniles, aquellos años en los que estudiaba en Italia y era aticista. Lo logró después de laborar en muchos periódicos y revistas. Al fin de la jornada, llegó a **El Nacional**, diario en el que creó la Página de Arte. Desde su mirador, ha laborado intensamente por la cultura nacional, estimulando iniciativas, patrocinando nuevos valores; dándole, en fin, calidad, finura a la parte profesional de una tarea a veces ingrata. A la verdad, ni ha sido egoísta, ni ha sentido odios, ni la envidia se ha aposentado en su espíritu. Por su generosidad intelectual ha vindicado la crítica, transformándola en sacerdocio de la belleza, en ejercicio del gusto.

Las páginas que van a continuación reflejan las virtudes y los defectos de José Ratto-Ciarlo. Su apasionamiento por las ideas, por las obras de arte, por las escuelas literarias. Pasión que está presente en cada línea de sus tareas intelectuales, bien sean las muy elevadas de sus especulaciones filosóficas o el diario escribir informaciones sobre diversos temas para cumplir las labores periodísticas. En muchas oportunidades se señala a Ratto-Ciarlo por su activo partidismo por tal o cual tendencia pictórica, por sus vehementes condenaciones o su exaltado fanatismo por los personajes que representan las corrientes culturales en nuestro medio. En verdad, él procura ser objetivo y actúa con la más auténtica pulcritud mental. Pero, de la misma manera que tantos políticos vibran y se descomponen ante una partida de dominó, así también este escritor se exalta y se atrincheró tras las barricadas de sus tesis en el mundo de las artes y de las letras.

Por nuestra vecindad en la casa del diario, he tenido oportunidad de observar la maduración de la mayoría de estos ensayos, son fruto de larga elaboración. Durante toda su vida, la habitación o el despacho de trabajo de Ratto-Ciarlo han sido islas rodeadas de libros por todas partes. Libros que forman pirámides, libros que ocupan las sillas cual solemnes visitantes, libros que han tenido que aceptar la humildad del suelo porque estantes, mesas, sillas y repisas están invadidos por una multitud universal. Pero, textos que han sido leídos, releídos y manoseados con angustia y placer. En esas andanzas encontró los personajes que ahora estudia (Bello, Unamuno, Frost...). Relee cuanto conoce, agrega nuevas noticias, examina interpretaciones, busca en la obra original. Y somete al visitante o el compañero a un interrogatorio acerca de sus propias ideas sobre la vida y milagros del inmortal que examina. Esta familiaridad con los autores, esa inquietud por encontrar criterios valorativos diferentes al propio, para contraponerlos y acendrar el concepto, da mayor valor a las indagaciones del autor.

Excelente el propósito de Hans Neumann de rescatar estos ensayos del peligroso campo de las colecciones de periódico en donde mueren tantas obras valiosas. Son páginas escritas con devoción trabajadas con esmero. Merecen volver a los lectores, ahora en la forma consagrada del libro. ☉

**Los inmortales*, José Ratto-Ciarlo. Ediciones de la Fundación Neumann. Caracas, 1966. Incluye ensayos sobre el pintor Rafael Monasterios, el poeta Robert Frost, el artista Miguel Ángel, el escritor Miguel de Unamuno, el prócer musical José Ángel Lamas y el humanista Andrés Bello.

HOMENAJE >> JOSÉ RATTO-CIARLO (1904-1997)

Ratto-Ciarlo, pionero del periodismo cultural en Venezuela

Lo que sigue es una versión, en lo fundamental, basada en el relato de la trayectoria de José Ratto-Ciarlo, escrito por su hija América Ratto-Ciarlo, publicado en [cuandoestuvieron.blospot.com](https://www.blospot.com)

NELSON RIVERA

Sabemos que Giuseppe Stefano Antonio Ratto-Ciarlo –según relata América Ratto-Ciarlo, la menor de sus dos hijas–, nació en Lima el 18 de noviembre de 1904. Sus padres provenían de la provincia de Savona, región de Liguria, Italia. Savona, la capital, es ciudad portuaria y núcleo ferroviario, de hipnóticas playas que miran al Mediterráneo.

Cruzaron el Atlántico en dos tandas, rumbo a Perú: primero el padre, Nicola Ratto en 1898. Se inició como comerciante y más adelante desarrollaría una actividad como empresario. Casi cuatro años después, 1902, viajó Ana Ciarlo Parodi, profesora en Génova. Dejó la dirección de un centro educativo para hacerse profesora en la escuela italiana en Lima, Humberto I, donde impartía clases en español e italiano.

El pequeño Ratto-Ciarlo va a la escuela en Lima hasta los diez años. En ese momento, 1914, viaja a Génova, a continuar sus estudios, bajo la tutoría de su abuelo materno, Stefano Ciarlo, socio de una imprenta, Corsi y Ciarlo, en la que se publicaba el diario *Il Vero*. Así, muy temprano, el niño y, más adelante, el adolescente, recibirán el influjo directo del periodismo y sus entrañas.

En Génova hizo estudios superiores –lenguas muertas– en humanidades. Lee, estudia literatura universal, arte y lenguas como latín y griego. En 1928 regresa a Lima. Tiene 20 años. Hace las diligencias para revalidar sus estudios. Se inscribe en la Universidad de San Marcos.

En Lima ocurre un hecho decisivo: conoce al escritor, político y pensador marxista, José Carlos Mariátegui (1894-1930), autor del fundamental *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928) y otros numerosos libros dedicados a las realidades sociales de su tiempo, la historia, el indigenismo, la literatura y más. No tardan en construir una amistad. Mariátegui hablaba italiano. Había vivido en Roma como cónsul de Perú. En ese país se casó, viajó por varias provincias, asistió al congreso del Partido Socialista Italiano en el que se produjo la decisión de fundar el Partido Comunista de Italia.

Mariátegui había regresado a Perú en 1923. Ratto-Ciarlo llega cinco años más tarde. Al llegar se adhiere a la Confederación del Trabajo del Perú, fundada por Mariátegui en junio de 1929. Es un activista, colabora con la revista *Amauta* (fundada en 1926). En su pensamiento es evidente el influjo de Mariátegui, en lo ideológico y en el temario de sus intereses.

Sabemos que por aquellos días se convierte en director de *Vanguardia*, órgano de un movimiento universitario de izquierda radical, del mismo nombre. Cabe anotar: Vanguardia se posicionaba a la izquier-

da de la izquierda.

Perú está en ese momento bajo la dictadura militar de Luis Miguel Sánchez Cerro, que arremete contra las publicaciones de izquierda que denuncian a su gobierno. *Mundial*, revista que había sido creada en 1920 –tuvo entre sus colaboradores a Mariátegui, César Vallejo, Luis Alberto Sánchez, María Wiesse Romero y Dora Meyer– fue clausurada. La libertad de expresión vive en jaque.

Simultáneamente, en la Universidad de San Marcos, desde agosto de 1930, se mantiene un conflicto que reclama una reforma universitaria. Un grupo de los estudiantes tomó algunas instalaciones de la universidad, lo que originó un enfrentamiento con la policía. Ratto-Ciarlo y otros estudiantes fueron detenidos. En su caso, en vez de ser enviado a la Isla de San Lorenzo (donde enviaban a los presos políticos), fue deportado de Perú. En 1931 llega al puerto de La Guaira.

Poliédrica vida venezolana

Sabemos que un año después –1932–, llega a Venezuela Rosa Luisa Vergara Montesinos, nacida en Chile, el 24 de mayo de 1912. Viene a casarse con Ratto-Ciarlo, a quien había conocido en Lima. El matrimonio tendrá dos hijas: Ana y América. Rosa Vergara o Rosa Ratto-Ciarlo desarrollará una amplia actividad pública como activista política y promotora de la igualdad de la mujer. Muy temprano, en un accidente automovilístico, muere a la edad de 56 años, en enero de 1968.

Sabemos que durante los primeros años la pareja Ratto-Ciarlo y Vergara vive en Maracaibo. Él se desempeña como profesor de griego y latín, en el Liceo Sucre. Producto de su amistad con el escritor y periodista Héctor Araujo Ortega (1907-1967), logran producir una edición de *Espesor*, revista universitaria, recordada por ser la publicación que “descubrió” las extraordinarias dotes de la poesía de María Calcaño (1906-1955). Esa única edición circuló en noviembre de 1935. La misma incluyó dibujos realizados por Régulo Segundo Díaz (1906-2005), conocido como Kuruvinda, popular pintor y cronista zuliano.

El 17 de diciembre de 1935, Juan Vicente Gómez, quien había gobernado a Venezuela desde 1908, muere en su casa, en Maracay. Para muchos ciudadanos, la noticia supone el inicio de una nueva etapa, de apertura social y libertades políticas.

En los primeros días de 1936 se trasladan a Caracas. Él comienza a trabajar en la administración del diario *El Demócrata*. Ambos suscriben la Carta de Manifestación de Voluntad con el propósito de adquirir la nacionalidad venezolana. En la Gaceta Oficial número 18.909, del 19 de marzo de 1936, queda certificado que los miembros de la pareja serán, en lo sucesivo, venezolanos de pleno derecho.

En 1937, Ratto-Ciarlo asume la responsabilidad de la Secretaría de Cultura, de la Asociación Nacional de Empleados –ANDE. Cuando se incorpora al diario *Crítica* –que entonces dirigía el historiador, periodista y editor, Eloy Chalbaud Cardona– lo hace para cumplir funciones de cajero. Más adelante –mientras el General Isaías Medina Angarita está al frente del gobierno nacional–, cuando ese diario se ha transformado en *El Tiempo*, da el salto al que será su primer ejercicio del periodismo en Venezuela, como redactor de temas políticos y sindicales. Durante ese trecho de tiempo, el diario tuvo como directores a escritores de la talla de Manuel Felipe Rugeles, Mariano Picón Salas y Ramón Díaz Sánchez.

En 1937, junto al narrador y biógrafo José Pirrone –alternativamente usaba los nombres de Joseph o Giuseppe, de

ascendencia siciliana–, fundaron la organización antifascista Italia Libre, donde ejerció la responsabilidad de secretario general. Pirrone, autor de una biografía de Jesucristo, también escribió, *Lisandra; de la memoria de un pedagogo ateniense en el siglo de Pericles*, que cuenta una historia de amor en medio del conflicto entre Atenas y Esparta; esa novela fue publicada en Francia, en 1965, y doce años después –1977–, en Venezuela.

En 1940, Ratto-Ciarlo forma parte del grupo de autores que crea la Asociación de Escritores de Venezuela. También ese año, con dos de los mayores críticos musicales que tuvo Venezuela en el siglo XX, Israel Peña y Rhazés Hernández López, fundan la Asociación Venezolana de Conciertos. Luego, en 1941 aparece como uno de los 67 firmantes que fundan la Asociación Venezolana de Periodistas –AVP–, que tres décadas más adelante, dará paso para convertirse en el Colegio Nacional de Periodistas –CNP. Entre aquellos fundadores estaban Miguel Otero Silva, Luis Esteban Rey, Pascual Venegas Filardo, Valmore Rodríguez, Ramón Díaz Sánchez y Vicente Gerbasi.

Al mismo tiempo, participa en política y en el activismo gremial. En 1948, él y su esposa se afilian a Unión Republicana Democrática –partido de centro-izquierda creado en 1945. Más adelante, en 1951, junto a Amy Courvoisier, funda la primera asociación independiente de críticos de cine: el Círculo de Cronistas Cinematográficos de Caracas (este Círculo creó en 1952 el Premio *Cantaclaro*, que reconocía a la Mejor Película del Año. La estatuilla correspondiente le fue entregada a creadores como Charlie Chaplin, Vittorio De Sica, Walt Disney y Federico Fellini).

En el mundo del periodismo

Cuenta su hija América Ratto-Ciarlo: “Al momento de fundarse el Partido Democrático Venezolano (PDV), Arturo Uslar Pietri lo encarga de la administración del semanario *En Marcha*, órgano oficial de ese partido. Cuando cae el gobierno de Medina (1945), los primeros en ir presos son Ramón Díaz Sánchez, Alirio Ugarte Pelayo y José Ratto-Ciarlo, quienes van a dar a la Cárcel Modelo por trabajar en el diario oficialista. Después de unos meses de presidio lo confinan a la ciudad de Valera, donde ya se habían establecidos sus padres, venidos del Perú siguiendo al único hijo. Desde los Andes, escribe y envía sus reportajes a Antonio Arráiz –para el momento director de *El Nacional*– bajo los seudónimos de Peregrino Pérez y/o Tito Rojas Lacero”.

Aunque no logró determinar cuánto tiempo permaneció José Ratto-Ciarlo confinado en Valera, sabemos que en 1947 está de vuelta en Caracas. En ese momento se produce un hecho que será decisivo para su trayectoria como periodista y para la historia del periodismo venezolano: ingresa a la plantilla de *El Nacional*, donde se convertirá en el fundador de sección de Arte, la primera de su especialidad en Venezuela.

Un año antes, en 1946, había sido creada la Escuela de Periodismo (que más adelante se llamaría Escuela de Comunicación Social). En 1947 entra en funcionamiento, con un peculiar curso de dos años para periodistas en ejercicio. Sería la Promoción Leoncio Martínez (1949), la primera de Venezuela, de la que, además de Ratto-Ciarlo, formaron parte otros 51 graduados –me he encontrado discrepancias con respecto a si el total de graduados fue de 48, 49 o 52–, Adolfo Blanco Adrianza –primer periodista científico del país–, María Teresa Castillo, Oscar Guaramato, José Vicente Abreu, Pedro Juliac, Julio Groscores, Nery Rus-



JOSÉ RATTO-CIARLO / ARCHIVO

so, Lucila Velázquez, Oscar Rondón Lovera, José Moradell y otros. El título que obtuvieron decía: Técnicos en Periodismo.

De la revisión de la Sección de Arte de *El Nacional* de la era Ratto-Ciarlo (1947-1967), pueden advertirse, claramente, tres marcadas tendencias. Uno, la diversidad informativa. Las distintas disciplinas creativas e intelectuales son acogidas, en lo esencial, con jerarquía semejante. Las presentaciones de libros conviven con las reseñas de actividades universitarias, la apertura de exposiciones con los recitales de música popular, los espectáculos teatrales con noticias culturales de otros países de América Latina. Ratto-Ciarlo, siguiendo la senda establecida por Juan Liscano en el *Papel Literario*, abre el arco informativo de forma notable.

La otra cuestión: junto a las notas informativas, son frecuentes los comentarios críticos, piezas breves de carácter valorativo, concebidas como ejercicios críticos o de opinión, especialmente de libros, exposiciones y espectáculos teatrales. Ratto-Ciarlo defiende la legitimidad de la opinión ante el hecho cultural.

El tercer asunto que quiero destacar aquí, se refiere a *Arabescos*, la columna que Ratto-Ciarlo tuvo por años en *El Nacional*, que bien podría entenderse, como un ejercicio pionero de crítica cultural –también en alguna medida comparable con el que Juan Liscano ya había adelantado en el *Papel Literario* a partir de 1943. Ratto-Ciarlo habla de cuestiones como política y cultura, tolerancia ideológi-

ca, sobre el apoyo que el Estado debe dar a los artistas y sobre las publicaciones gubernamentales, aunque también comenta exposiciones, eventos a los que asiste y más. La configuración que tendrían, de allí en adelante, las secciones de cultura de los diarios y de las revistas culturales, tuvo en Ratto-Ciarlo, su instigador pionero.

Dos años después de que culmina su trabajo en *El Nacional* –cuando entregó el testigo de la dirección de la Sección de Arte y Cultura a su amigo y también extraordinario periodista Lorenzo Batallán–, Ramón J. Velázquez, entonces director del *Diario Últimas Noticias*, invita a Ratto-Ciarlo a crear el *Suplemento Cultural* de ese diario. Allí permaneció entre 1968 y 1974. Fue, en su condición de director del *Suplemento Cultural*, que fue preso y llevado a juicio, acusado de promover la pornografía.

Mientras Ratto-Ciarlo hace periodismo, participa en la creación de gremios profesionales y culturales, y se involucra cada vez más en el tejido social venezolano. Escribe y publica libros: *César: contribución al estudio de una dictadura* (1941), *La Venus india, contribución al estudio del matriarcado en los proto-venezolanos* (1944); *El gobierno de las madres* (1948); *El primer redactor y el primer colaborador en la prensa de Venezuela* (1948); *El ‘delirio’ romántico de Bolívar* (1949); *De Caracas a Roma, reportajes para un diario venezolano, 1948-1950* (1950); *Mito del toro, ensayo interpretativo* (1952); *La utopía del reino de Dios. El hombre antiguo en busca de un Estado ideal* (1955); *Los inmortales: Rafael Monasterios, pintor; Robert Frost, poeta; Miguel Ángel, renacentista; Miguel de Unamuno, rector; José Ángel Lamas, músico; Andrés Bello, humanista* (1966); *Historia caraqueña del periodismo venezolano, 1808-1830* (1967); *El Correo del Orinoco, expresión del ecumenismo bolivariano* (1969); *Libertad de prensa en Venezuela, durante la guerra de emancipación hasta la batalla de Carabobo* (1972); *Picasso* (1973); *Ayacucho, coronamiento de la revolución bolivariana* (1974); *Retrospectiva de César Rengifo, 1931-1974* (1974); *Socialismo de los primeros cristianos* (1975); *El maestro Vicente Emilio Sojo* (1977); *Carlos Otero: su vida, su obra, su época* (1978); *César Rengifo* (1978); y *Choquehuanca y la contrarrevolución* (1980).

¿Acaso hay algo más que agregar? En lo inmediato solo que, entre los muchos reconocimientos que Ratto-Ciarlo recibió en Venezuela –su país–, mencionaré solo dos: Orden Andrés Bello (1979) y Premio Nacional de Periodismo Cultural (1979-1980). ●

“
Entre aquellos fundadores estaban Miguel Otero Silva, Luis Esteban Rey, Pascual Venegas Filardo, Valmore Rodríguez, Ramón Díaz Sánchez y Vicente Gerbasi”

HOMENAJE >> JOSÉ RATTO-CIARLO (1904-1997)

Andrés Bello: un caso toynbiano

“La familia creció numerosa y en estrecheces. Andrés el primogénito tuvo que buscar muy pronto cómo ayudar a los suyos. Siendo estudiante aún, dio clases a sus condiscípulos, que vivían holgadamente. Y el adolescente Bolívar obsequió con una lujosa casaca a su compañero Bello, tan joven y ya maestro de gramática, geografía y latines”

JOSÉ RATTO-CIARLO

Aunque nos cueste debemos admitirlo: nuestro amor por los forjadores de la nacionalidad, no es tan puro, porque, en realidad, a través del culto debido a nuestros próceres, quisiéramos, en veces, beneficiarnos de esa gloria; para ello no tememos reducir los héroes a nuestro rebajado nivel de gente mediocre, al alcance de un criterio localista que ha perdido la perspectiva de universalidad a la cual la historia los había elevado.

No debemos, pues, cometer ese pecado de mezquindad ahora que nos toca conmemorar el centenario de la muerte de Andrés Bello. Procuraremos, por el contrario, restituirlo a su dimensión, a su talla continental. Y quien nos ofrece modo y oportunidad de comprender mejor, de valorar a Bello con “metro” y “peso” universales, es Arnold J. Toynbee, historiador viviente, que del alejamiento de ciertos grandes hombres y del retorno activo a la sociedad dejó elaborada una tesis comprobada en la recurrencia de sucesos tipificadores de determinados destinos humanos. Toynbee sitúa bajo la sugestiva denominación de “retiro y retorno” a creadores de religiones, a líderes, a pensadores y estadistas, quienes, luego de un tiempo de soledad, geográfica o anímica, regresan para encauzar movimientos e indicar normas y derroteros.

Abundan los ejemplos que en su voluminoso *Estudio de la historia* trae Toynbee. Citaremos algunos:

Buda nació en una familia aristocrática. Tropieza con la maldad del mundo. Lo abandona durante 7 años. Conquistada la iluminación vuelve a los hombres a comunicarles su verdad.

Julio César en las lejanas Galias aprende a gobernar; solo entonces regresará a Roma para aplastar la oligarquía e intentar reformas políticas, sociales y agrarias.

Maquiavelo vivió la política como secretario de Florencia. Caído en desgracia, confinado al campo, escribirá *El príncipe*, obra con la cual reingresa a la historia.

El mismo Bolívar –Toynbee no lo dice– soportó dos alejamientos dinámicos. Ese carácter lo tuvo su primer viaje a Europa; el segundo consiste en su refugio en la isla de Jamaica, donde hace 150 años escribió la carta profética y estructuró la acción futura. Regresó en efecto a tierra firme y desde Angostura emprendió la gigantesca tarea.

Un destino similar tendrá Andrés Bello: pasa una juventud más o menos apacible en Caracas. Los cambios políticos lo aventarán a Londres que se le transforma en lugar de destierro. Sabrá aprovechar ese forzado retiro. Al fin, so-



ANDRÉS BELLO (1844) – RAYMOND MONVOISIN / UNIVERSIDAD DE CHILE

licitado por el país más austral, en Santiago de Chile se logrará totalmente y contribuirá a moldear la nación nueva. Este proceso de “alejamiento y vuelta” está encuadrado en tres etapas significadas por los nombres de tres ciudades tan distantes entre sí.

Caracas: origen, infancia y juventud

Iniciémonos pues, en la trayectoria de Bello comenzando por la villa en que residía el capitán general de Venezuela: el 29 de noviembre de 1781 nació nuestro personaje “toynbiano” en la casa del abuelo materno, Juan Pedro López, pintor redescubierto por Alfredo Boulton, historiador de arte. En esos modestos aposentos se había desposado Ana López, hija del artista, con Bartolomé Bello, quien, si bien era funcionario de mente rutinaria –y el sentido del orden influirá en el hijo– gustaba de la música: fue una de las voces del Coro de Catedral y compuso una *Misa*.

La familia creció numerosa y en estrecheces. Andrés el primogénito tuvo que buscar muy pronto cómo ayudar a los suyos. Siendo estudiante aún, dio clases a sus condiscípulos, que vivían holgadamente. Y el adolescente Bolívar obsequió con una lujosa casaca a su compañero Bello, tan joven y ya maestro de gramática, geografía y latines.

Un profesor inquieto supo inculcar al muchacho Andrés el interés por los clásicos: Fray Cristóbal de Quesada, bibliotecario del vecino Convento de la Merced apreciaba el estudio, pero también el grato sabor de la vida. Cierta vez colgó el hábito y se fugó a Bogotá. Fue secretario del Virrey, pero descubierto que Carlos Sucre era un seudónimo, tuvo que regresar arrepentido al claustro de Caracas.

Bello, con maestro tan singular, supo disfrutar de lecturas latinas y castellanas. Pedagogo y discípulo se empeñaron en traducir la *Eneida* de Virgilio, tarea que no pasó del Libro Quinto, pues Fray Cristóbal murió en 1796.

Mas ya el latín –ejercicio metodológi-

co– había encuadrado la mente de este jovencito de 15 años que, tranquilo y reposado, era bien vivaz para la captación intelectual: le fue fácil aprender por su cuenta el francés.

Bello en 1797 da brillantes exámenes, gana el premio de oratoria y el 15 de septiembre se inscribe en la Real Pontificia Universidad de Santa Tosa de Lima. Cursó filosofía y se recibió de bachiller en Arte el 9 de mayo de 1800. El año siguiente, terminada la jurisprudencia, no tuvo tiempo para doctorarse pues anduvo en solicitud de empleos. Al fin, recomendado por Luís Ustáriz al capitán general don Manuel de Guayana, entró como segundo oficial de la Secretaría de Estado. Fue el 6 de noviembre de 1802. Tenía 21 años.

El dominio de lenguas extranjeras como el inglés, le fue útil para atender a extranjeros visitantes, a Depons, Bonpland y Humboldt, al que acompañó en la excursión al Ávila. Y como sabe versificar en dísticos y espondeos, o en octavas reales, se trueca en poeta solicitado en las celebraciones oficiales y en los saraos.

¿No le nombraron, en efecto, en 1808, secretario de la Junta Central de Vacuna, precisamente por haber escrito la “Oda a la vacuna”? ¿No fue en 1805, autor de un dramón en versos titulado “Venezuela consolada”? Y le leyó a Bolívar, en la casa de campo del Guaire, sus traducciones de Horacio y Virgilio; más el joven aristócrata criticó la versión de *Zulima* de Voltaire.

Empero fueron generales las felicitaciones cuando don Andrés dijo su soneto en honor de Madame Jeanne Faucompré, la “*Prima donna*” de la primera temporada de ópera. Meses después, aparecida el 24 de octubre de 1808, la *Gaceta de Caracas* se comenzó a reseñar el espectáculo teatral. Sin duda Bello fue el cronista en funciones de primer redactor de esta publicación inicial. A don Andrés le corresponde el título de padre de nuestro periodismo.

Por cierto, en 1809 había proyectado la edición, que no prosperó, de *El Luce-ro*, con Isnardi, el piamontés aventado

desde Europa por la marea revolucionaria a orillas del Caribe.

Y como Bello tiene honda visión de futuro escribió a beneficio de “turistas” posibles un *Resumen de la historia de Venezuela* para un *Calendario o Guía de Extranjeros*. Este es, según la acuciosa investigación del profesor Pedro Grases, el primer libro impreso en el país.

Es que el progreso está a las puertas. Todos vislumbran un porvenir optimista y sonrosado: y don Andrés, en ese clima de engañosas esperanzas, puede dedicar tiempo prudencial a cierta musa carnal:

Ella mis versos con placer oía –con sus tiernas caricias me pagaba...

Muy ilusionados los mantuanos esperan el cambio y los más impetuosos quieren precipitarlo. El malestar había estallado en 1797 con el complot de Gual y España, cruelmente reprimido, y en 1806 con la aventura de Miranda. Empero restaurada la aparente tranquilidad, la Capitania dormitaba: de modo que, cuando en julio de 1808 el capitán general entrega a Bello unos ejemplares del *The Times* londinense, enviados con artera intención desde Trinidad, el segundo oficial inició con parsimoniosa lentitud el despliegue de las hojas. Empero no pudo reprimir el grito ahogado cuando se entera de la catástrofe: destronados Fernando VII y Carlos IV, las armas francesas habían impuesto a José Bonaparte como rey de España...

Las autoridades coloniales quisieron mantener oculta la grave situación metropolitana: imposible, la noticia se transformó de susurro en rumor, luego en público alboroto para unos y para otros en un mal contenido alborozo. Los radicales comprenden que ha llegado la hora de aprovecharse de circunstancias tan excepcionales. La repetida y continuada llegada de mensajeros de España, Francia e Inglaterra impulsó a los mantuanos a pronunciarse: lo hicieron en contra del usurpador, sin embargo serán ellos y no los peninsulares los que tomen la decisión suprema.

Por cierto a Bello, como poeta oficial,

le toco cantar a la efímera “Victoria de Bailén”, la hazaña del león hispano contra los soldados napoleónicos:

–*El León despertó: ¡Temblad traidores! –Las juveniles fuerzas guarda enteras.*

Sin embargo, las fuerzas juveniles son otras, proceden de la savia americana: es la juventud criolla la que determina el desarrollo de los acontecimientos. Confabula, discute, propone y complota. Y entre los “extremistas” encontramos al marqués del Toro, José Félix Ribas, los dos Montilla, Vicente Salías y Simón Bolívar, Coronel de Milicias.

Aborta el complot del 1° de abril de 1810 por una delación, pero ya los defensores del “statu quo” no podrán impedir la insurrección del día 19: la clase culta toma el poder y se erige en Junta Suprema independiente, aun cuando los mantuanos aparenten defender los derechos de un rey en el que nadie confía.

La situación del segundo oficial de la Secretaría de Estado es un tanto incómoda: ¿Cómo quedará Bello, quien a los 29 años comienza a asomarse a la plenitud viril?

La duda se resuelve de inmediato: los criollos aprecian la clara mente de este hombre pulcro, metódico, organizado y organizador. Nadie mejor que él conoce los internos manejos de la cosa pública, ¿y acaso no es él mismo un venezolano integral?

Se queda pues don Andrés en el gobierno ascendido a primer oficial. Y finalmente nombrada la primera delegación diplomática encargada de obtener el reconocimiento por parte de Gran Bretaña, se escoge a Bello como el imprescindible secretario multilingüe que acompañe al Coronel Bolívar y al acaudalado Luis López Méndez.

Londres: alejamiento y maduración

La marina inglesa, merodeando desde Trinidad, había puesto un bergantín, el “Wellington”, a disposición de los ilustres viajeros que, salidos el 10 de junio, desembarcaron un mes después en Gran Bretaña. El 11 de julio entraron en contacto en Londres con Miranda, con unos liberales españoles, y el 16, en sucesivas entrevistas con el ministro Wellesley, todo un marqués que dejó vagamente satisfechos a los venezolanos: prometió sin comprometer, empero la alianza que contra Napoleón mancomunaba a ingleses y españoles. Bolívar, considerando cumplida la misión, decidió regresar el 21 de septiembre de 1810.

¿Quiénes habían de quedarse en representación de la patria lejana? Pues López Méndez, que se arruinará en la compra de pertrechos para el ejército libertador; y Bello como el acostumbrado secretario. Don Andrés no podrá imaginar que desde ese momento comenzaba a cumplirse el signo de predestinación, contenida en la tesis toynbiana del “alejamiento”, para una larga maduración anímica e intelectual, preparatoria de una futura acción realizable solo cuando el destino decida el “regreso”.

Serán, los de Bello, diecinueve años de oscuridad: sus compañeros de estudios brillarán como héroes sacrificados unos, como héroes legendarios otros, cubriéndose de gloria ensangrentada por el dolor y al fin dorada por la victoria.

Don Andrés hará vida de renunciación. Sin embargo, en ese destierro se templó el carácter del venezolano, un funcionario de segunda categoría, nacido en el trópico ardoroso, por contraste ambivalente, amplió completo en las brumas londinenses su portentosa sabiduría.

El corazón de Bello exultó cuando le tocó anunciar la proclamación de la Independencia, pero con cuánta amargura la caída de la Primera República. Tuvo empero ánimo para indignarse con los “bochincheros” que entregaron Miranda al enemigo:

“Te fue el ceder forzoso, y en cadena a manos percer de una perfidia, tu espíritu no ha muerto, no; resuena...”

(Continúa en la página 4)

Andrés Bello: un caso toynbiano

(Viene de la página 3)

La angustiosa espera de un sueldo modestísimo e intermitente, suspendido a veces; la incomodidad económica, el duro invierno, el frío, lo comparte el secretario de la embajada con la primera esposa, luego con la segunda. Y se llevará algunos de los hijos para que aprovechen de la gran estufa que en hall del British Museum atempera el rigor del clima. Él no, él pasará a los salones de lectura, día tras semana, meses tras años, de 1810 a 1829, profundizando en el saber. No se conformó con el latín. Necesitó aprender el griego para estudiar a Homero. El conocimiento de las fuentes del clasicismo le permitió ahondar en la comprensión y en el origen de los idiomas romances. Acopió material para su *Gramática de la lengua castellana* que publicó mucho más tarde en Chile. Concibió una nueva interpretación del *Cantar del Mio Cid*. Y cuando más dificultosas son las investigaciones, con mayor ahínco se empeñó el estudioso en traducir en octavas reales el *Orlando innamorato*, del poeta renacentista Mateo María Boyardo, utilizando el arreglo del canónigo Berni.

En la metrópoli del imperio, donde el periodismo era realmente un cuarto poder, el caraqueño sintió reactivar la pasión por la letra impresa: escribió en defensa de la causa americana en los periódicos ingleses. Y estrechada la amistad con el guatemalteco Irisarri, quien representó a Chile —aún no había surgido el banderismo fronterizo—, con él editó el *Censor Americano*, publicación de corta duración. Con el neogranadino Juan García del Río dirige, redacta y distribuye desde 1823, la *Biblioteca Americana*, revista que tiene vida efímera. En 1826 aparecerán los cuatro tomos del *Repertorio Americano*, en cuyas páginas trató temas diversos: política, letras, cultura, ciencia.

En esos años Andrés Bello compone su “Alocución a la poesía”, aparecida en la *Biblioteca Americana*. Desde el momento que comienzan a estructurarse las naciones del nuevo continente, el poeta encuentra la ocasión de invocar a la musa para que sea propicia al trasplante de la cultura en el Nuevo Mundo de la resurrección libertad, puesto que sobre la vieja Europa gravitan los plúmbeos nubarrones de la restauración reaccionaria y del absolutismo monárquico:

Divina Poesía...

tiempo es que dejes ya la culta Europa que tu nativa rusticidad desama, y dirijas el vuelo a donde te abre el mundo de Colón su grande escena...

El poeta de gustos y mentalidad clásicos tiene, empero, una visión de futuro, de futuros aciertos y desaciertos. Quiere advertir a los pueblos para que sepan gozar de su ingenua libertad en el disfrute apropiado de los bienes con que la naturaleza los ha favorecido... ¡Que no lo desperdicien como el hijo pródigo de la parábola!

Oh jóvenes naciones que ceñida alzáis siempre al atónito occidente de tempranos laureles la cabeza; honrad al campo, honrad la simple vida del labrador y su frugal llaneza. Así tendrán en vos perpetuamente la libertad, morada y freno la ambición, y la ley, templo.

Pero si sus versos se miden sobre el acompasado metro virgiliano, no es tranquila la vida del poeta amenazado por la inseguridad, agravada en 1821 por la muerte de la primera esposa. La pobreza se prolonga y se acentúa en 1824, cuando el viudo se casa con Isabela Antonia Dunn. Y comienza a gravitar sobre Bello esa ley, el personaje histórico, formado en el “retiro”, a reincorporarse a la actividad pública para completar su propio destino. En efecto, don Andrés, cuarentón ya, debe pensar en el porvenir de los hijos. No le alcanza el sueldo miserable e inestable, no le bastan las lecciones dadas, las traducciones. Empero aún resuenan en su oído aquellas tremendas palabras

de José Vicente Galguera:

“¿Venezuela? Solo la habitan hombres convertidos en fieras...”

Es que las heridas de la represión bestial de los realistas y la respuesta de la guerra a Muerte sangran todavía en tierra firme devorada ahora por las facciones. Y si él ha de volver, tendrá que llevar al continente algo mucho más positivo que las consignas de destrucción y odio.

Y piensa el caraqueño: si las revoluciones en Europa se han ahogado en su propia violencia, no han sobrevivido vencidas por la santa alianza de los reyes, ¿cómo podrán mantenerse los pueblos americanos enfrascados en la discordia? Las repúblicas odiadas por el zar de Rusia, el emperador de Austria, el rey de Prusia y el restaurado monarca francés, ¿cómo podrán conservar su régimen en América? ¿Cómo evitarán una posible intervención europea?

¿Acaso que el Brasil no sorteó toda conmoción social, limitándose en 1822 a proclamarse independiente bajo el cetro de don Pedro de Portugal?

Es comprensible, por lo tanto, que Bello, alejado durante veinte años de Venezuela, cometa un error “impolítico” cuando le escribe a su amigo Miguel Mier, residenciado en Bogotá:

“El interés de los gobiernos de Europa coincide con el de los pueblos de América, que la monarquía (limitada, por supuesto) es el gobierno único que nos conviene... ¡Qué desgracia, digo, que por falta de un gobierno regular (porque el republicano jamás lo será entre nosotros), siga siendo teatro de la guerra civil aún después de que no tengamos nada que temer de los españoles...!”

Bello dice con toda honestidad, lo que nosotros ciegamente pretendemos ocultarlo en un autoengaño, que dura desde hace 150 años: nunca hemos tenido en nuestra América, repúblicas, sino simples nombres con que se disfrazaron unas veces las oligarquías, en otras los caudillos autocráticos.

Pero en Bogotá aún se creía en la mágica palabra: la república era la gran panacea. De modo que la franqueza de Bello levantó desconfianza en el ánimo de los gobernantes gran-colombianos. No, nunca Bello será elevado a la categoría de embajador. Y así, tuvo que servir a otros ministros siempre tan mediocres...

Distanciado en cierto modo de Venezuela, sin embargo, Bello, hombre de 45 años, piensa en su país:

“Yo pienso... volverme a esos países [describe el 13 de octubre de 1826] a pasar en ellos lo que me resta de vida. Y si pudiera ser Caracas o en sus intermediaciones, lo celebraría mucho...”

Seis meses antes, el 6 de enero, había manifestado en una carta:

“Me es duro renunciar al país de mi nacimiento...”

Y Andrés Bello tendrá que obedecer al destino: renunciar y aceptar el llamado de una lejana región.

Irisarri y otros ministros de Chile en Londres, habían insistido ante su propio gobierno para que invitasen a este caraqueño sabio, utilísimo e ilustrado, quien había demostrado su competencia en las veces que colaboró con aquellos diplomáticos.

Andrés Bello tomó la decisión: creía que iba a morir en Chile; pero aún no; sucedería lo contrario; iría a revivir, a lograrse plena y rotundamente.

Cuando Bolívar lo supo, se alarmó sobremediano. El 27 de abril de 1829 le escribía a Fernández Madrid, ministro en Inglaterra:

“Me indica usted...la miserable situación...que obliga al amigo y digno Bello a salir...a fuerza de hambre... Persuada usted a Bello... que si quiere ser empleado en este país que lo diga y se le dará un buen destino... Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío: fue mi maestro cuando teníamos la misma edad; y yo le amaba con respeto... Su esquivar nos ha tenido separados en cierto modo, y por lo mismo, deseo reconciliarme, es decir: ganarlo para Colombia...”

Demasiado tarde. Cuando la carta llegó a Londres, Andrés Bello había



ANDRÉS BELLO ENSEÑÁNDOLE A SIMÓN BOLÍVAR. ESCULTURA SITUADA EN EL INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS (IVIC) / MARISOL ESCOBAR – ARCHIVO

partido. El “*Deus ex machina*” que mueve los resortes de las vidas humanas había decidido que el retorno a la vida dinámica de Bello se cumpliría en un ámbito distinto, en el país más austral del continente-sur, que comenzaba a disfrutar de su inquietud y anarquizada libertad.

Y el caraqueño, en efecto, llegaba a Santiago, con toda su familia, en junio de 1829. Colombia se estaba desintegrando. Chile comenzaba a desarrollarse como pueblo y nación.

Santiago: el retorno para culminación de una vida

Bello, su esposa con cuatro niños, y dos hijos del matrimonio anterior, habían dejado el gélido clima londinense para encontrarse con el invierno santiaguino: sin embargo no era tan rígido, y el ambiente humano mucho más cálido y cordial.

Es que el gobierno chileno supo aquilatar los méritos del nuevo ciudadano: en julio de 1829 lo nombró oficial mayor del Ministerio de Hacienda y puesto similar le otorgó en el de Relaciones Exteriores, cargo que oficialmente don Andrés Bello ocupará desde 1834.

El recién llegado evitó inmiscuirse en la pugna de las facciones. La discreción que tuvo en Caracas de 1808 a 1810, la mantuvo mientras los “pipiotes” (liberales) y los “pelucones” (conservadores) se agredían y dirimieron la controversia en la batalla de Lircay, ganada por estos.

En realidad los nombres de los partidos eran acomodaticios: no todos eran lo que aparentaban. El hecho es que el gobierno calificado de “reaccionario”, fue sin embargo, el que salvó a Chile de esa anarquía que retardó el progreso de tantos otros países americanos.

Y Bello, por su parte, con entusiasmo se empeñó en la ordenación del país que se transformaba. Y así para este “viejo” de cincuenta años, se inició una nueva etapa, la última pero la más fecunda, quizás si la más vitalmente juvenil. Y si es cierto que al caraqueño le salieron pronto adversarios, como el español José Joaquín Mora, liberal entintado de jacobinismo, los ataques se estrellaron ante la dignidad con la cual Andrés Bello su-

po escucharse.

De ahí que el gobierno de Chile, al fundar su vocero periodístico, *El Araucano*, hubiese pensado de inmediato en la rectitud y capacidad de don Andrés, quien en efecto se encargó de la parte cultural, mientras la dirección política fue entregada a Manuel José Gandarillas.

Bello duró en el periódico hasta el año 1853 y en ese lapso tan largo sostuvo, a través de sus columnas, una cátedra permanente de civismo, cultura y educación pública.

Naturalmente el pedagogo de Caracas y Londres, sintió pronto renacer la vocación: inició sus clases en Santiago, pero eran privadas.

Para esta juventud estudiosa creó los textos inexistentes sobre *Instituciones de derecho romano y Principios de derecho de gentes*, o sea, derecho internacional. Y ampliando sus trabajos aparecidos en Londres en 1826, publicó posteriormente su *Ortología y métrica de la lengua castellana*.

La intensa campaña que sostuvo en *El Araucano* sobre instrucción y metodología, sobre la vigencia del latín y la necesidad de conocer la lengua que hablamos, culminó en la creación en 1836, en el Instituto Nacional, de una cátedra de gramática castellana separada del estudio del latín.

Contemporáneamente, y a veces posteriormente, se ocupó de legislación y de la administración de justicia, llegando a ser consejero del ministro Portales, e interviniendo en la redacción de la Constitución Política de 1833.

Y don Andrés Bello, amigo de los “pelucones”, en ese ambiente aún influido por la mentalidad clerical y los resabios coloniales, abogó sin embargo por la supresión de la censura de libros y defendió el teatro, el espectáculo, como medio de educar y refinar el gusto colectivo.

Aquel joven que en Caracas había dedicado un soneto a la cantante de la primera temporada de ópera, se convertiría en el crítico documentado, en el primer cronista de teatro de Chile. Es lógico, por lo tanto, que a un personaje que intervenía en tantos campos, le brotasen nuevos adversarios. Lo acusaron en efecto de ser el “dic-

tador” del idioma. Y fue Sarmiento, quien refugiado en Santiago, atacó desde *El Mercurio* las tesis gramaticales, las “perniciosas enseñanzas” del caraqueño.

Bello, sereno y olímpico, dejó que sus jóvenes discípulos, los nuevos escritores contestasen a los ataques. Y desde ese momento comienza a cuajar la nueva generación: es un movimiento literario que se inicia precisamente en el año 1842. Y un año después, es cuando Bello le toca, como primer rector, inaugurar la Universidad de Chile, reconstruida sobre los restos de la colonial Universidad de San Felipe. Y una frase extractada del discurso en tal ocasión pronunciado por el maestro Bello, revela la fuerza dialéctica de su pensamiento:

“Todas las verdades se tocan, desde las que formulan el rumbo de los mundos... desde las que determinan las agencias maravillosas de que dependen el movimiento y la vida en el universo de la materia... desde las que revelan los fenómenos íntimos del alma en el teatro misterioso de la conciencia, hasta las que expresan las acciones y reacciones de las fuerzas políticas; hasta las que sientan las bases inmovibles de la moral; hasta las que determinan las condiciones precisas para el desenvolvimiento de los gérmenes industriales; hasta las que dirigen y fecundan las artes...”

Fundada la Universidad, el caraqueño comprendió que había que formar también a los pedagogos. Logró pues que se crease la Escuela Normal de Preceptores; y tras consecuentes campañas, la Sociedad de Arquitectura y la Escuela de Bellas Artes.

Finalmente, Bello en 1847 dará publicidad en forma tipográfica a su monumental trabajo *Gramática de lengua castellana destinada al uso de los americanos*. Y es el magistrado prudente que duró 25 años en elaborar el Código Civil, al fin decretado por la ley del 14 de diciembre de 1855.

Esta obra gigantesca sirvió de orientación para la mayoría de los países americanos. Colombia y Ecuador lo adoptaron para su propia legislación.

(Continúa en la página 5)

HOMENAJE >> JOSÉ RATTO-CIARLO (1904-1997)

Acusado de promover la pornografía

"En aquel momento, la reacción de apoyo a favor de Ratto-Ciarlo fue casi unánime (...) los partidos políticos emitieron comunicados en los que rechazaban la acción en contra del periodista"

NELSON RIVERA

El 20 de febrero de 1973, los periodistas Carlos Rangel y Sofía Ímber reciben a José Ratto-Ciarlo en el estudio de Venezolana de Televisión, desde el que hacían su programa de entrevistas diarias, *Buenos días* (que había comenzado a transmitirse en 1969). A Ratto-Ciarlo le acompaña Juan Liscano, quien había publicado días antes, un artículo en defensa de Ratto-Ciarlo. Decía Liscano que, más allá de sus particularidades, se trataba de un caso de proyección universal, revelador de la hipocresía con que operan los sistemas de censura.

Ratto-Ciarlo –que se había presentado voluntariamente al tribunal– fue finalmente detenido y pasó alrededor de cuatro semanas en el Retén de El Junquito (pero ese dato es solo una aproximación, porque no logré determinar el asunto con la exactitud que sería conveniente). Él mismo lo cuenta durante la entrevista: la de 1973 era la tercera prisión que sufría en Venezuela.

Había sido detenido tras la caída del gobierno del General Medina Angarita, en 1945, porque era parte del equipo del diario fundado por Arturo Uslar Pietri, *En Marcha*. Junto a Ramón Díaz Sánchez y Alirio Ugarte Pelayo, fueron apresados y encerrados en la Cárcel Modelo. Lo acusaron de ser amigo de Ugarte Pelayo. Después de cuatro o cinco meses de encierro (tampoco logré precisar este dato), las



JOSÉ RATTO-CIARLO / ARCHIVO

autoridades lo desterraron a Valera, Estado Trujillo, ciudad donde vivían sus padres, que habían venido de Perú. En aquellos meses, desde la ciudad andina, comenzó a colaborar con *El Nacional*, que publicaba sus colaboraciones con los seudónimos de Tito Rojas Lacero y de Peregrino Pérez.

Volvió a ser detenido cinco años después, a consecuencia del episodio, humorístico y grave a un mismo tiempo, conocido como "Los tres cochinitos". El 19 de abril de 1950, *El Nacional* publicó una reseña del acto de inicio de la construcción del Estadio Olímpico de la Ciudad Universitaria. En la nota se decía que al acto habían asistido "los tres cochinitos de la Junta". El autor de la nota, Napoleón Arráiz, firmaba con el seudónimo de El Hermanito (Napoleón Arráiz era hermano de Antonio Arráiz, entonces director de *El Nacional*). La reacción del gobierno fue inmediata: de-

tuvieron, de forma indiscriminada, a varios miembros de *El Nacional* (lo que también incluyó a Juan Liscano, director del *Papel Literario* en aquel tiempo) y cerraron el periódico.

Promotor de la pornografía

Desde que Ramón J. Velázquez lo invitara en 1968, a crearlo y dirigirlo, el *Suplemento Cultural* del diario *Últimas Noticias* estaba bajo la sólida conducción de Ratto-Ciarlo, que no tardó en dotar a la publicación de un perfil propio, que lo diferenciaba de los intereses del *Papel Literario* –el suplemento de *El Nacional* que, al igual que el periódico, había sido fundado en 1943. Ratto-Ciarlo se inclinaba por la historia, las ideologías, el universo de las ciencias sociales de América Latina.

Así estaban las cosas cuando en 1972 comenzaron a publicarse las entregas numeradas de las *Memorias* de Arge-

nis Rodríguez (1935-2000), exguerrillero, narrador, memorialista y articulista. Ratto-Ciarlo narra en el programa a Sofía Ímber y a Carlos Rangel, cómo un día tachó con su bolígrafo dos de las secciones del fragmento del diario que iba a publicarse, pertenecientes a la sección titulada "El niño no sabe lo que hace". Estas tachaduras indicaban al diseñador que esos dos párrafos no podían incluirse en la página. Sin embargo, la precaución falló: el diseñador se equivocó, quitó otros dos fragmentos e incluyó los que habían señalados como no publicables. El suplemento salió a la calle –el 6 de febrero de 1972. En la narración se describía el encuentro sexual de un niño con la empleada doméstica de su casa. Eran los años del primer gobierno de Rafael Caldera (1969-1974).

Ocurrió lo previsible: un escándalo. De acuerdo a lo que cuenta la investigadora de la Universidad de los Andes, Carmen Díaz Acuña (autora del ensayo académico *Bondades y perversiones de la censura literaria en Venezuela*), la denuncia la encabezó una entidad llamada el Consejo Nacional Pro-Defensa de la Familia, quien publicó un remitido "respaldado por sectores como: Familia en Marcha; Federación de Asociaciones de Padres, Representantes y Educadores Católicos (FAPREC); Asociación Venezolana de Educación Católica (AVEC); Misión Adventista del Séptimo Día; Asociación Femenina de Educación Social; Movimiento de Cursillos de Cristiandad; Movimiento Familiar Cristiano; Movimiento por un Mundo Mejor y Revista de Orientación Familiar".

No conozco el proceso legal que condujo a la detención de Ratto-Ciarlo (hay un libro colectivo, *La pornografía: el caso Ratto-Ciarlo*, de 1974, del que Juan Manuel Mayorga es uno de los coautores que, según entiendo, revisa el caso en profundidad). En *Buenos días* Ratto-Ciarlo explicó que, aunque no había sido su error, decidió asumir la responsabilidad de lo ocurrido. Machacaba en esto: los periodistas no tienen ni deben tener un fuero particular que los haga distintos a cualquier ciudadano ante la ley. Pero, al mismo tiempo, sostenía: el sistema de justicia no podía actuar a partir de prejuicios y debía atenerse a los hechos.

En aquel momento, la reacción de

apoyo a favor de Ratto-Ciarlo fue casi unánime. Se publicaron decenas de artículos en su defensa; los partidos políticos emitieron comunicados en los que rechazaban la acción en contra del periodista; personalidades de la vida pública venezolana –Carlos Rangel y Sofía Ímber entre ellos– lo visitaron en El Junquito; Juan Liscano asumió la defensa del acusado, en la que oponía la extraordinaria trayectoria profesional de Ratto-Ciarlo como demostración más que suficiente de que la pretensión de los acusadores era absurda. Un sacerdote le regaló un libro, *Camino*, de José María Escrivá Balaguer, el fundador de la orden del Opus Dei, donde el periodista preso, en sus horas de lectura, recordaba haber encontrado esta frase: "Cuando un seglar se erige en maestro de la moral, se equivoca frecuentemente: los seglares solo pueden ser discípulos".

En el ensayo de Carmen Díaz Acuña se sugiere como hipótesis que, semejante a lo ocurrido con el relato de Salvador Garmendia, "El inquieto anacobero", publicado 4 años más tarde en *Papel Literario* de *El Nacional*, y que también generó un juicio, el hecho de que uno y otro hubiesen sido publicados en diarios de amplia circulación, había sido un factor determinante en la reacción de los denunciantes, por el impacto que las respectivas narraciones causaron o podrían haber causado en "el cuerpo social".

También, añade Díaz Acuña: "Pero el detonante clave, al menos para el recientemente creado Consejo Pro-Defensa de la familia, encargado de dirigir la acusación, fue la respuesta irónica del editor, unos días más tarde, en el mismo diario. Aquí, Ratto-Ciarlo asumía totalmente la responsabilidad del escrito y, al mismo tiempo, ofrecía una justificación del mismo apoyado en su creencia de que la "perfecta blancura espiritual de la obra de arte" era suficiente para borrar toda "pecaminosidad a las palabras soeces". Por otro lado (provocación imperdonable), hacía alusiones ofensivas al "falso puritanismo" y a la "hipocresía de las personas e instituciones denunciantes".

**Bondades y perversiones de la censura literaria en Venezuela*. Carmen Díaz Orozco. Universidad de Los Andes, Venezuela.

Andrés Bello: un caso toynbiano

(Viene de la página 4)

Y cuando las piernas ya no sostienen el peso de los años y le impiden al anciano ir a la Universidad o al Senado, –fue incorporado a la Cámara Alta mediante decreto que le otorgaba la nacionalidad– son los profesores, los universitarios, los padres conscriptos quienes van a su casa para consultarlo. Aun los políticos se le acercan, pues todas las facciones respetan al venerable maestro.

Es que dentro de ese gobierno, llamado, no sabemos si con propiedad "conservador", Bello el caraqueño, sostuvo siempre el espíritu de progreso. En materia internacional se hizo el abanderado de la solidaridad continental:

"La causa de la Independencia [había escrito] es solidaria para todos... De la intervención extranjera, mani-fiesta o paliada, no podemos esperar sino vejaciones, exacciones, tiranías disfrazadas, y a la sombra de una amistad irrisoria, un verdadero Estado colonial que solo se diferenciará del antiguo en que sus costos serían todos nuestros y las utilidades ajenas...".

Y ese Bello, mirado con desconfianza por el gobierno grancolombiano, supo luego despojarse de todo resabio monarquizante. Es que también la rectificación, es una de las virtudes del caraqueño:

"La monarquía ha perdido de todo punto su prestigio. Hubo tiempo en que habría tenido gran número de partidarios en ciertas secciones de América. Ya es tarde para pensar en ella. Sería necesario un ejército europeo para dar estabilidad a la nueva forma de gobierno: estabilidad, después de todo, aparente y precaria, porque es imposible que pudiese apoyar la voto de los pueblos...".

Y cuando tuvo ocasión justificó a Simón Bolívar, su discípulo y su alumno:

"Nadie amó más sinceramente la libertad que el general Bolívar; pero la naturaleza de las cosas lo avasalló como a todos; para la libertad era necesaria la independencia, y el campeón de la independencia fue y debió ser un dictador. De aquí las contradicciones aparentes y necesarias de sus actos".

Andrés Bello, el hijo de Caracas, el ciudadano de Chile, sintió siempre muy viva en él la gran pasión continental que avivó el fuego sagrado en las almas de personajes universales como Miranda, el del incario, como Bolívar, el de la Gran Confederación de Naciones Americanas.

Y se indignó Andrés Bello, cuando la flota española quiso vejar a los jóvenes países del Pacífico. Cuando los marinos peninsulares ocuparon las islas guaneras del Perú, Bello elevó su protesta; y en la casa del anciano glorioso se congregaron políticos,

profesores, escritores, estudiantes para condenar la agresión.

Fue el último acto público del insigne educador de todo un pueblo. Bello esta vez no pudo soportar el malestar. Se indispuso, se agravó y luego de un apacible sopor se extinguió en paz con su conciencia, eternizado en el amor perenne de los chilenos, el 15 de octubre de 1865.

Bello tenía 84 años, de los cuales 29, el tiempo de la formación, los pasó en Venezuela; 19, de retraining y maduración, los cursó en Inglaterra; y los últimos, más largos y fecundos, 36, los vivió en Chile, en el retorno a la vida activa, en la culminación de una obra y de un destino.

De este modo el caraqueño don Andrés Bello cumplía, como personaje universal, las etapas del ciclo que el historiador Arnold J. Toynbee ha pretendido encontrar en la trayectoria de los hombres predestinados a la inmortalidad. ●

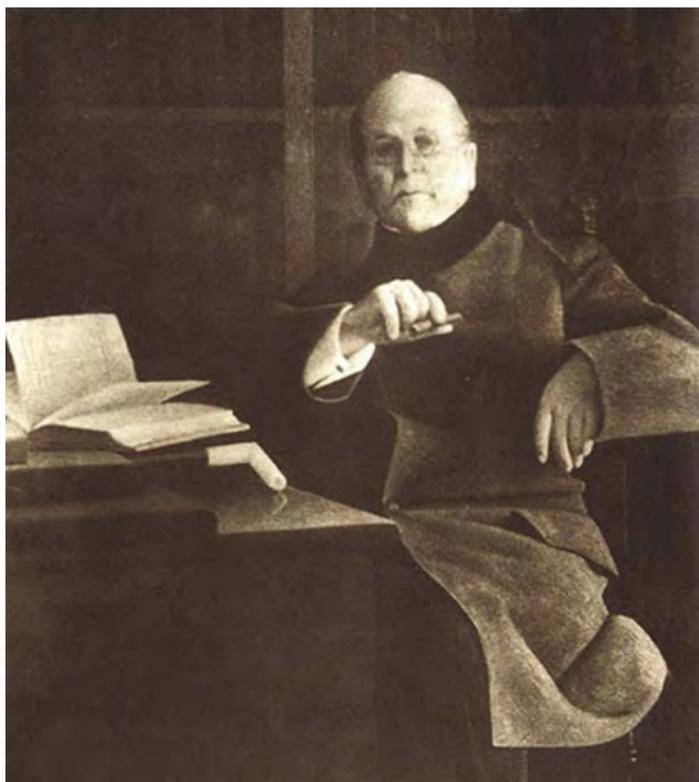
Obras consultadas:
Álvarez Federico O.: *Labor periodística de don Andrés Bello* (Univ. Central).

Bello, Andrés: *Obras completas*. (Ministerio de Educación. Caracas).

Caldera, Rafael: *Andrés Bello* (Ministerio de Educación, Biblioteca Popular Venezolana).

Crema, Edoardo: *La presencia de Italia en Bello* (UCV).

Grases, Pedro: *Antología de Andrés Bello* (J. Villegas, Caracas).



ANDRÉS BELLO / ARCHIVO

Grases, Pedro: "Tres empresas periodísticas de Bello" (*Revista Nacional de Cultura* N° 108).

Lira Urquieta Pedro: *Andrés Bello* (Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México).

Toynbee, Arnold J.: *Estudios de la historia*. Agradecemos al profesor Pedro Grases la

revisión de este trabajo y sus útiles indicaciones y observaciones.

*Antes de ser incluido en el volumen *Los inmortales* (Ediciones de la Fundación Neumann), "Andrés Bello: un caso toynbiano", había sido publicado en el diario *El Nacional*, el 28 de septiembre de 1965.

CENSURA >> CIERRE DE EL NACIONAL EN 1950

Los 'Tres cochinitos' y el cierre de El Nacional

"Para la época estaba de moda un comercial radial que le hacía publicidad, con un ritmo contagioso, a un producto denominado Manteca los Tres Cochinitos, y en el que aparecían bailando tres cerditos. 'Manteca los Tres Cochinitos, más sana, más pura, más fresca, purita manteca criolla para freír y amasar. Manteca los Tres Cochinitos', decía el pegajoso estribillo"

JAVIER GONZÁLEZ

Después del golpe de Estado que derrocó al gobierno constitucional del escritor Rómulo Gallegos, el 24 de noviembre de 1948, se constituyó una Junta Militar de Gobierno presidida por el comandante Carlos Delgado Chalbaud, quien hasta ese momento era el ministro de la Defensa de Gallegos; los otros dos integrantes de la Junta eran los tenientes coroneles Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez, quienes asumieron las carteras de Defensa y Relaciones Exteriores, respectivamente.

A partir de entonces, se inició un período de represión. Se ilegalizó el partido Acción Democrática, se persiguió a los militantes del Partido Comunista, se disolvió el Congreso Nacional, las Asambleas Legislativas de los estados, la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV), el Consejo Nacional Electoral y los concejos municipales. El régimen limitó la libertad de expresión. Los opositores al gobierno fueron amenazados y perseguidos por las autoridades. El temor, poco a poco, se fue apoderando de la población. La información que publicaban los medios impresos y radiales comenzó a ser supervisada por el gobierno.

En 1949, la Junta Militar estableció la censura de prensa, para ello creó una Junta de Examen, compuesta por varios funcionarios a nivel nacional. Esa Junta decidía lo que se podía o no publicar. En Caracas estuvo integrada por los poetas Arístides Parra y Erwin Burguera, quien fue diputado y se hizo muy popular por sus versos líricos cargados de humor, Manuel Vicente Tinoco y el periodista zuliano Vitelio Reyes, quien se haría famoso por su "lápiz rojo" con el que tachaba los escritos que no podían ser publicados. Vitelio fue uno de los fundadores, en 1948, del Frente Nacional Anticomunista, formando parte de la directiva junto con Germán Borregales, Juan Penzini, Antonio Pulido Villafañe, Jorge Morrison y Graciela Arévalo González, entre otros. Fue autor también de varios libros de historia y artículos de prensa en los que defendía al régimen militar.

Esa Junta de Examen, dependiente del Ministerio de Relaciones Exteriores, se encargaba de revisar de noche los escritos que serían publicados en los periódicos, sobre todo los de mayor circulación a nivel nacional como lo eran *Últimas Noticias*, *La Esfera*, *El Nacional*, *El Universal*, *Panorama*, *El Impulso* y *El Carabobeño*. Hasta el propio periódico del gobierno, *El Heraldo*, era inspeccionado cuidadosamente.



MARCOS PÉREZ JIMÉNEZ, CARLOS DELGADO CHALBAUD Y LUIS FELIPE LLOVERA PAÉZ / ARCHIVO

Cada nota periodística, escrita a máquina, debía tener tres copias. Una para el jefe de información, otra para el taller, donde se montaba el periódico, y la tercera para la junta censora, si esta decidía que tal o equis información no iba, entonces el jefe de información debía bajar al taller para que la nota fuera retirada de la plancha. Era la época del linotipo. A veces no había más nada con qué sustituir la noticia prohibida y entonces el espacio quedaba en blanco. Todavía en la Hemeroteca Nacional se pueden apreciar ediciones de periódicos como *La Esfera*, *El Universal* y *El Nacional*, entre otros, con espacios en blanco.

A partir de entonces, la prensa se enfocó básicamente en información internacional, deportiva y cultural. No había noticias políticas más allá de la que suministrara el gobierno.

Los programas radiales se dedicaban a hablar de efemérides, cumpleaños, ciertos problemas comunitarios y eventos deportivos. No obstante, el humor criollo no dejó de expresarse y mofarse de sus gobernantes.

Los tres cochinitos

Para la época estaba de moda un comercial radial que le hacía publicidad, con un ritmo contagioso, a un producto denominado Manteca los Tres Cochinitos, y en el que aparecían bailando tres cerditos. "Manteca los Tres Cochinitos, más sana, más pura, más fresca, purita manteca criolla para freír y amasar. Manteca los Tres Cochinitos", decía el pegajoso estribillo.

Entonces, la jocosidad popular asoció esos tres puercos con los tres miembros de la Junta Militar: Delgado Chalbaud, Pérez Jiménez y Llovera Páez.

El miércoles 19 de abril de 1950, comenzaron los trabajos de construcción del Estadio Olímpico de la Ciudad Universitaria. Esa mañana, los miembros de la Junta Militar y varios funcionarios públicos, así como periodistas e invitados especiales asistieron al acto de inicio de tan importante obra.

Al día siguiente, el diario *El Nacional* publicó una reseña que daba cuenta de los inicios de los trabajos de construcción del mencionado esta-

dio. La nota, firmada por EH (El Hermanito), seudónimo del periodista deportivo Napoleón Arráiz, hermano del poeta Antonio Arráiz, director fundador de ese diario, provocó un gran malestar en el alto gobierno y el cierre temporal del periódico, cuyos propietarios eran Henrique Otero Vizcarrondo y su hijo, el afamado escritor Miguel Otero Silva.

La polémica reseña, publicada en las páginas deportivas bajo el título de "En Ciudad Universitaria fue Plantado Primer Pilote para el Estadio Olímpico", indicaba que: "Entre los actos con que se conmemoró la fecha gloriosa de nuestra nacionalidad, el 19 de abril, hemos de destacar nosotros uno que envuelve enorme trascendencia para el desarrollo deportivo que, tan auspiciosa-mente, se nota en todos los sectores. Nos referimos a la colocación del primer pilote para el Estadio Olímpico en la Ciudad Universitaria.

En sencilla, pero emotiva ceremonia, con asistencia de la Junta Militar se procedió a plantar, a elevar en los terrenos escogidos, el primer pilote de lo que ha de ser gigantesca construcción de tribunas, campos, pistas, vestuarios y demás accesorios del Estadio Olímpico. Presentes estaban los tres cochinitos de la Junta (subrayado nuestro), personeros del Instituto Autónomo de la Ciudad Universitaria, ministros del Gabinete y directivos del Comité Olímpico Venezolano. Y todos aplaudieron entusiastas y contentos, porque el acto de hincar aquel primer pilote estaba pregonando a los cuatro vientos que el deporte figura y figura, preponderantemente, entre los principales asuntos a los cuales han de dedicar su atención sus actuales gobernantes. Se habló poco. Pero se acumularon muchas esperanzas en aquel acto sencillo y simbólico.

Conociendo como conocemos el ritmo de trabajo que imprime el Instituto Autónomo de la Ciudad Universitaria a todas las empresas y construcciones que acomete, estamos seguros de que dentro de breve tiempo veremos erguirse en el campo, sólidas y amplias, las tribunas; que los atletas encontrarán pistas adecuadas donde ejercitarse, con vistas a los próximos Juegos Olímpicos Bolivarianos. Y, en fin, cuando estos se

realicen, en diciembre de 1951, Caracas podrá ostentar, orgullosamente, un estadio digno de su categoría de gran capital y de las representaciones atléticas de los países hermanos que en tal ocasión nos visitaran.

Las dimensiones del estadio será el estándar olímpico, es decir, pistas, espacios para saltos, lanzamientos, etc., todo sujeto a las reglamentaciones olímpicas. Las tribunas tendrán 120 metros lineales, de los cuales 22 estarán techados; se dotará al campo de iluminación adecuada para eventos nocturnos. La estructura ha sido contratada ya a una importante firma constructora, con un presupuesto que pasa de tres millones y medio de bolívares. Y los trabajos, iniciados el mismo día siguiente de la inauguración que comentamos, se realizarán con premiosa actividad, habiéndonos asegurado ingenieros vinculados al Instituto Autónomo, que, dentro de doce meses, o un máximo de catorce, estará completamente terminada la construcción del Estadio. En cuanto a las pistas, canchas, etc., podrán ser

entregadas a los atletas o a los organismos que rigen las actividades atléticas en un plazo mucho menor, a fin de que se inicien las prácticas para los Bolivarianos con la debida antelación que garantice a nuestros representantes actuaciones dignas de la nación.

Quedó, pues, inaugurado el primer pilote de construcción del Estadio Olímpico. Y dentro de poco podremos palpar esta magnífica realidad para el deporte venezolano".

Una orden de la gobernación de Caracas, emitida la noche del jueves 20 de abril, impidió que al día siguiente circulara el periódico. Tanto el autor de la nota como los jefes de taller y redacción, así como algunos directivos y periodistas del célebre diario, entre ellos, Miguel Otero Silva y José Ratto-Ciarlo (jefe fundador de las páginas culturales) fueron detenidos.

Se inició entonces una exhaustiva investigación para dar con el culpable o los culpables. Tres días más tarde, quedaron en libertad los detenidos, pero el cierre del periódico continuó hasta el 28 de abril, cuando la policía le informó al ministro de Relaciones Exteriores, teniente coronel Llovera Páez, que no fue posible dar con el autor de tan "sinistra" travesura. El sábado 29 de abril de 1950, reapareció el diario *El Nacional*, no sin antes sus propietarios recibir una punzante advertencia del ministro: "La próxima vez que suceda algo similar clausuro el periódico y los meto presos indefinidamente".

El hecho de que a los investigadores les resultó imposible encontrar al culpable de este singular acontecimiento de la historia del periodismo impreso venezolano, permite traer a colación el reiterado episodio del denominado "duende" de taller o imprenta, desaparecido en las últimas décadas debido a que la tecnología acabó con las mesas de montaje.

Con aquello de los "tres cochinitos" no quedó más alternativa que echarle la culpa al "duende", ese travieso fantasma o espíritu que habitaba en los lugares donde se imprimían los periódicos. Ese día, el espanto del taller de *El Nacional* tuvo la oportunidad de intervenir el texto de El Hermanito, para mofarse de aquel temible alto mando gubernamental. ☉

“

En 1949, la Junta Militar estableció la censura de prensa, para ello creó una Junta de Examen (...) Esa Junta decidía lo que se podía o no publicar”

ENSAYO >> LECTURAS PARA LA SEMANA MAYOR

En búsqueda de la verdad: de la fe a la razón y de vuelta a Dios

La fe y la razón (Fides et ratio) son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo.

Papa Juan Pablo II¹

LUCY FARIÑA MATHEUS

En mi vida he tenido muchas pasiones, en el sentido de aficiones, que me han movido y motivado a crecer en todos los aspectos, pero, le debo mi más grande crecimiento a mi pasión por aprender y, como consecuencia, a mi pasión por la búsqueda de la verdad.

Desde que era pequeña se me aupó a aprender lo que fuese, a leer, a absorber información y aprehenderla. También se me inculcó, como sucede a la gran mayoría de las personas, una religión: en este caso, el catolicismo. En su momento, y hasta hace poco, no veía la relación que existe entre ambas cosas.

Así como expresa Antony Flew repetidas veces en su libro *Dios existe*: “seguir la argumentación hasta dondequiera que lleve”, citando a Sócrates y a C. S. Lewis, quien se refirió a esa frase en la primera edición del *Socratic Digest*, siempre fui adepta a la razón y a los argumentos racionales. Allí a donde me lleven, iré.

Por supuesto, habiéndome inculcado el catolicismo de nacimiento, era natural creer en él. Fui una verdadera creyente durante mi infancia y preadolescencia. Leía la Biblia para niños casi todos los días, fascinada por las historias de Abraham, Moisés, Ruth y demás personajes; pero más fascinada aún por la grandeza de Dios. Para mí, Dios era un padre, en el sentido paterno, amoroso y protector. Veía en su actuar reflejado en dicha biblia una intención de resguardar y beneficiar a quienes le fueran obedientes, ya que Él sabía qué era lo realmente bueno. No veía de una manera esclavizante o denigrante la obediencia, sino como el camino hacia lo bueno.

Recuerdo sí, una vez, estando yo pequeña, que mi abuelo me preguntó si temía a Dios, a lo que yo le respondí con mucha convicción y feliz, creyendo tener la respuesta correcta: “no”. Su cara se arrugó con desaprobación y me dijo que a Dios había que temerle. Yo me preguntaba, y lo hice durante mucho tiempo: ¿por qué? ¿Por qué hay que temerle a un Dios que te ama, si no me haría nada realmente malo? Y si lo hace, sería por mi bien, por lo que no sería algo malo realmente. Más tarde entendí que este temor está lejos del pavor o miedo, sino que se relaciona con el respeto a algo superior.

Ese dilema, durante el tiempo que lo tuve, se sentía como una espina que no me dejaba en paz. Fue una prime-



LUCY FARIÑA MATHEUS / ©MAYERLIN MATHEUS HIDALGO

ra estocada a mi fe, basada en nada más que una mera confusión semántica a mi corta edad. Sin embargo, por mucho tiempo más seguí leyendo con gran encanto y admiración los textos bíblicos infantiles y llevando mi crucifijo siempre en el pecho.

No fue sino hasta que cumplí alrededor de 11 años que mi fe se desmoronó. No fue por vivir tiempos difíciles, que los experimenté, sino por una conversación con un tío ateo, dando las últimas estocadas, quien me planteó los argumentos básicos del ateísmo: “si Dios existe, ¿por qué existe el mal?”, “nadie ha podido comprobar la existencia de Dios por métodos empíricos”, “si Dios es omnipotente, podría mover un objeto inamovible?”, entre otras cosas.

Al principio de la conversación, yo insistía con vehemencia y lo sentía un hereje, pero no duró mucho ese ímpetu de defensa. Sus argumentos racionalistas terminaron por convencerme, porque los argumentos eran en realidad problemas filosóficos que mi joven mente no podía procesar desde una perspectiva metafísica. Solo podía comprenderlo de una manera literal. Y así fue como comenzó mi etapa atea, que se extendió a lo largo de mi adolescencia hasta casi mi adultez. Me despojé totalmente de aquello que tanto había venerado y amado, embelesada por una ilusión de sabiduría y razón.

No me arrepiento ni reniego de esa etapa. Lo veo como un viaje en busca de la verdad y, en su momento, a esa conclusión me llevaron los argumentos. Además, me permití ejercer la práctica del debate, siendo adolescente, con profesores y compañeros creyentes. Descubrí por mí misma el método socrático y aprendí la importancia de tener un argumento completo, similar al método que implementó Flew a lo largo de su vida en cuanto a la argumentación: sin descalificaciones contra el adversario, plantear dentro del argumento cuáles pueden ser las posibles falencias de este y contemplar todas las preguntas posibles para responderlas.

A medida que fui madurando, me re-

planteé mi posición y, sobre todo, mi soberbia. Si, fui de aquellos ateos que, si bien no atacaba durante el debate, me creía superior y más sabia por no creer. No solo en ese plano reflexioné sobre mi soberbia, sino que me pregunté: ¿quién soy yo para afirmar que no existe un Dios, aunque no haya sido comprobado? La respuesta a aquello es “nadie”. Entonces comenzó mi etapa agnóstica, pero agnóstica teísta.

No sabía si existía un Dios, pero creía que era posible. Mis argumentos en este caso eran menos que los que sostuve mientras fui atea. Me refugiaba en que no podíamos demostrar que no existía, así como tampoco que sí, y que creía que era un Dios abstracto. Esta creencia mutó en una especie de deísmo, que identifiqué así posteriormente a esa época, donde creía entonces que existía un Dios, pero que no era como lo predicaban las principales religiones monoteístas, sino que hizo la creación y obra de maneras misteriosas, alejadas del plan de la humanidad.

Para mí, la religión dejó de ser un tema relevante durante mucho tiempo, desde que comencé a ser agnóstica. Muy a pesar de que seguía actuando bajo los valores católicos y que, en momentos de desesperación, le pedía a un Dios que tuviera piedad.

Recientemente se despertó en mí una inquietud, no dejaba de rondar mi cabeza la idea de que Dios existe. Hasta el sol de hoy no sé por qué emergió con tanta intensidad esa posibilidad en mí. Dios sabrá por qué. Si bien es cierto que desde hace mucho tiempo uno de mis tíos (no el ateo) ha hablado de las virtudes del catolicismo y cristianismo, así como también de la Iglesia católica, no fue sino hasta hace poco que esta interrogante irrumpió violentamente en mi mente. No digo que no tengan relación, pero es curioso que haya sucedido ahora.

Y debo reconocer que, luego de retomar mi camino creyente, ha tenido un gran impacto positivo en mí el que mi tío compartiera felizmente sus creencias, sabiduría y libros conmigo, de donde he obtenido tanto conocimiento sobre la Iglesia católica, la fe y la razón

“

Necesitaba saber por qué, más allá de la fe, debía creer en Dios. Eso me llevó a libro de Antony Flew, Dios existe”

(las cuales no son incompatibles, por cierto).

El Papa Juan Pablo II, en una de sus encíclicas², dijo: “El hombre deseoso de conocer lo verdadero, si aún es capaz de mirar más allá de sí mismo y de levantar la mirada por encima de los propios proyectos, recibe la posibilidad de recuperar la relación auténtica con su vida, siguiendo el camino de la verdad”. Eso fue lo que sucedió conmigo.

En la misma encíclica planteó: “El apóstol (san Pablo) pone de relieve una verdad que la Iglesia ha conservado siempre: en lo más profundo del corazón del hombre está el deseo y la nostalgia de Dios”. Y es que, durante todo el tiempo en que no me adherí a una creencia, me sentía sin rumbo, perdida y sin propósitos, más que los efímeros que pudieran suscitar de cualquier capricho propio; así como surgían, también se desvanecían. Sufría más de lo necesario. No lo sabía, pero tenía la necesidad de creer.

Por supuesto que, siguiendo la máxima de Sócrates y Flew, no podía asumir la creencia sin tener argumentos “racionales”. Necesitaba saber por qué, más allá de la fe, debía creer en Dios. Eso me llevó a leer el libro antes mencionado de Antony Flew, *Dios existe*, que me condujo a acercarme de aquella manera en la que no pude a los problemas metafísicos que alguna

vez me planteó mi tío, y entendí que hay cosas que la mera ciencia no puede explicar.

El libro plantea filosóficamente preguntas y respuestas que llevaron a Flew, el exateo más conocido del siglo XX, finalmente a rendirse ante el teísmo. No entraré en cada uno de los argumentos, porque eso daría para otro texto, pero debo decir que el libro es tan interesante y conciso como su título. Gracias a él, suscribo la frase que en su momento dijo santo Tomás de Aquino: “La razón humana puede llegar a conocer la existencia de Dios por medio de la creación”.

Mi preocupación principal era barme solo en la fe (la cual es vital y no tiene nada de ingenuidad o falsedad) para afirmar la existencia de Dios. Como planteó Aquino y leyéndolo de una manera literal, creo fielmente que la existencia de Dios se refleja en su creación. Así plantea Flew en el libro, y lo reafirmo totalmente: las leyes de la naturaleza, el ADN y su proceso, la ínfima probabilidad que venció la primera señal de vida; todo eso demuestra y lleva a la conclusión de un creador inteligente.

Quisiera decir que es “bien sabido”, pero lo cierto es que la creencia popular es todo lo contrario: muchos científicos brillantes e importantes han reconocido creer. Sea mediante el deísmo o el teísmo, los científicos se apoyan en la configuración racional y constante del universo para alegar que debe existir un ser último con inteligencia. Stephen Hawking es uno de los científicos de renombre que manifestó numerosas veces la posibilidad de que exista un Dios, al igual que Albert Einstein, Max Planck, e incluso el mismísimo Charles Darwin, quien se denominó a sí mismo teísta.

Finalmente, podría decir que mi viaje a través la creencia ha terminado luego de haber arribado de nuevo al puerto del catolicismo, pero lo cierto es que apenas comienza. Desde que volví a creer, no es que los pesares hayan desaparecido, para nada, pero tengo un sosiego espiritual que solo he sentido creyendo. Todavía me falta mucho para ser una ávida creyente, sigo avanzando poco a poco en el camino de la verdad. Siento que tengo un propósito y que Dios está ahí, acompañándome y amparándome mientras me acerco.

Cerraré con la siguiente cita:

“Para el autor sagrado, el esfuerzo de la búsqueda no estaba exento de la dificultad que supone enfrentarse con los límites de la razón. Ello se advierte, por ejemplo, en las palabras con las que el Libro de los Proverbios denota el cansancio debido a los intentos de comprender los misteriosos designios de Dios (cf. 30, 1.6). Sin embargo, a pesar de la dificultad, el creyente no se rinde. La fuerza para continuar su camino hacia la verdad le viene de la certeza de que Dios lo ha creado como un ‘explorador’ (cf. Qo 1, 13), cuya misión es no dejar nada sin probar a pesar del continuo chantaje de la duda. Apoyándose en Dios, se dirige, siempre y en todas partes, hacia lo que es bello, bueno y verdadero”³.

²Lucy Fariña Matheus, venezolana-española, es estudiante de Derecho en la Universidad Argentina de la Empresa.

1 Carta encíclica *Fides et Ratio* del sumo pontífice Juan Pablo II a los obispos de la Iglesia Católica sobre las relaciones entre fe y razón.
2 Revista bimestral publicada en Oxford, Inglaterra, entre 1943 y 1952, fundada por el teólogo anglicano C.S. Lewis.
3 Carta encíclica *Fides et Ratio* del sumo pontífice Juan Pablo II a los obispos de la Iglesia Católica sobre las relaciones entre fe y razón.
4 *Ibidem*.

PERFIL >> LECTURAS PARA LA SEMANA MAYOR

José Gregorio Hernández: vida y ejemplo

“Comenzó entonces un largo camino que tomaría 72 años en lograr que José Gregorio fuera primero nombrado como ‘siervo de Dios’, luego reconocido como ‘venerable’, posteriormente como ‘beato’. En este sentido, si los milagros continúan sucediendo y si el Vaticano reconoce un segundo milagro, es posible que sea canonizado por el papa”

MARLA MELISSA ROJAS

¿Es posible que un laico y médico venezolano llegue a convertirse en un santo? ¿Es probable que llegue a ser canonizado?

Venezuela y el Vaticano se unen con un vehemente y determinado sí, es posible. Y eso es lo extraordinario, de que en Isnotú (Venezuela) haya nacido el doctor José Gregorio Hernández, quien primero que todo fue un ser humano que atravesó múltiples situaciones adversas y que a pesar de ellas siempre se aferró a la fe. Enfrentó su propia realidad como el duelo ocasionado por la pérdida de familiares a muy temprana edad, así como los desafíos que imponía el poder de turno en una Venezuela de muy pocos habitantes, muchos de ellos viviendo en la pobreza.

Era firme e inamovible en cuanto a su vocación de servicio y su fe. Doctor que llegó a ver cientos de pacientes de forma gratuita. Un titán de la bondad y de la voluntad. En nota de prensa titulada: “José Gregorio Hernández: Un hombre de ciencia y fe”, facilitada por la Comisión Nacional para la Beatificación del Dr. José Gregorio Hernández, se extrae que: “El Dr. Luis Razetti, otro destacado médico de la época con el que trabajó y fue gran amigo, afirmó que ‘el doctor José Gregorio Hernández creía que la medicina era un sacerdocio del dolor humano’”.

Es un hecho, José Gregorio Hernández hizo de su vida, “[...] de su profesión un apostolado, un servicio desinteresado al enfermo y al desposeído”, afirmación que se extrae de la nota de prensa, enviada por la ya mencionada comisión, titulada “José Gregorio Hernández: el médico de los pobres”.

A nuestro “Gregory”, como le llama el actor y psicólogo venezolano Sócrates Serrano (quien recibiera el favor de la sanación a manos del ahora beato), no le sobraba el tiempo ni en vida ni en la inmortalidad, que es donde está ahora. No en vano fue el pionero y fundador de la cátedra de Bacteriología; la primera que se fundó en América. Asimismo, perfeccionó el uso del microscopio. Y creó el Instituto de Medicina Experimental, varias cátedras de medicina, así como el Laboratorio del Hospital Vargas, ello gracias a su periplo estudiantil por París, Madrid y Berlín. Este científico fue un profesor exigente y cultivado en su área de desempeño. De la separata titulada *J.G.H. Testigo de fe: médico de los pobres* se extrae la siguiente cita: “Comenta el Dr. Yáber, uno de los biógrafos más importantes, en su libro *J. G. H. Hombre de Dios, siervo de los enfermos* que: “[...] era Hernández un psicólogo consumado [...] hacía gala de sus palabras para llevar paz, mitigar y consolar al doliente [...] fue pionero de la medicina psicosomática”. En la medicina, J. G. H. encontró la manera de actuar en nombre de Dios.

El doctor José Gregorio Hernández ha sido querido por generaciones. El 29 de junio de 1919, atropellado por uno de los pocos carros que transitaba Caracas, cayó al piso y perdió la vida. Fue trasladado y velado en el paraninfo de la Universidad y luego se inició un recorrido que iba acompañado no solo por la muchedumbre agradecida con él si no por la Banda Marcial que dirigida por el maestro Pedro Elías Gutiérrez, cerraba la comitiva tocando las marchas fúnebres en dirección a la Catedral. Se debe resaltar el hecho de que José Gregorio Hernández había recibido un tributo inédito hasta entonces y nunca otorgado a personajes de la vida pública venezolana ya que el arzobispo dispuso que el difunto fuera conducido a la Cate-



JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ / ARCHIVO

dral desde el paraninfo para recibir un homenaje eclesialístico. La muchedumbre lo esperaba fuera de la Catedral y cuando fueron a introducir el féretro en la carroza, una voz, que capitalizó el sentimiento del colectivo, gritó: “¡El doctor Hernández es nuestro! ¡El doctor Hernández es nuestro! ¡El doctor Hernández no va en carro al cementerio!” y así, coreando un clamor popular, fue llevado en hombros hasta el cementerio. Allí se daría inicio a la veneración más grande que haya conocido nuestro país. José Gregorio se reafirmó como el médico de los pobres.

Comenzó entonces un largo camino que tomaría 72 años en lograr que José Gregorio fuera primero nombrado como “siervo de Dios”, luego reconocido como “venerable”, posteriormente como “beato”. En este sentido, si los milagros continúan sucediendo y si el Vaticano reconoce un segundo milagro, es posible que sea canonizado por el Papa.

No en vano intentó consagrar en vida su devoción a Dios, ya que hizo dos intentos: uno como sacerdote y el otro como monje. En dichas ocasiones cesó temporalmente la práctica de la medicina para dicho fin. Una en 1909 ingresando al monasterio de la Cartuja de Farneta de Lucca, de la Orden de San Bruno, como Fray Marcelo y otra para estudiar latín y teología en el Colegio Pio Latino Americano. En ambas ocasiones debió regresar de Italia a Venezuela por afecciones en sus pulmones. Sin embargo, José Gregorio Hernández, nunca imaginó las facultades que el mismo Dios le otorgaría después de su fallecimiento.

José Gregorio Hernández pasa de ser un hombre ejemplar tanto en lo profesional como en lo personal, a ser un beato que continúa curando, sanando: mente, cuerpo y espíritu.

He aquí la respuesta a mi pregunta inicial con otras preguntas. ¿Qué nos cuesta llevar una vida ejemplar, haciendo el bien con nuestra profesión o con nuestra vida y beneficiar a otros sin esperar nada a cambio? ¿Qué nos cuesta amar y vivir cumpliendo la palabra de Cristo que nos exhorta a “Amar a tu prójimo como a ti mismo”, además de cumplir los 10 mandamientos, sin mayores fanatismos? ¿Tener una vida familiar y laboral desde la paz, la armonía, es imposible? ¿Ser creyentes, también consecuentes con cada doctrina elegida, es inviable? ¿Pode-

mos evitar alcanzar nuestras metas sin hacerle daño a nadie? Domarse a sí mismo, es un camino empedrado ¿verdad que sí? Pero además de la sanación integral, claro está, este podría ser el meta mensaje de dicha beatificación en momentos en que la globalidad del planeta fue afectada por una misma causa, el Covid 19.

Dudo que sea fortuito. Ese debió ser el momento en que se haya aprobado la beatificación desde la autoridad eclesialística más elevada. No es una casualidad que fuese en plena pandemia, en la que hasta el tiempo de haber escrito este ensayo, murieron 4 millones de personas, en todo el mundo, por el devastador coronavirus y sus vertiginosos avances y respectivas mutaciones. Normalmente, los períodos de pandemia son de baja vibración energética y alteran la vida rutinaria de todas las personas en el mundo, pero no la fe. Y la beatificación de José Gregorio Hernández es una muestra de ello para el mundo, especialmente para los venezolanos quienes vivimos en condiciones tan adversas.

El doctor José Gregorio Hernández, ya en vi-

“

El 28 de abril del 2020 y aprobado por unanimidad, a manos de los siete expertos que conforman la Comisión Teológica (...) afirman que, en efecto, se trata de un milagro”

da, era un ser superior que le tocó la puerta a Dios y este le concedió la gracia que él tanto anheló. Pero tener fe y hacer el bien es sencillo, si cada quien se lo propone.

A más de 104 años de su desaparición física José Gregorio Hernández ha hecho millones de favores, sanaciones sobre todo a los venezolanos que con cada estampita en sus altares ha creído, ha orado, con resplandeciente fe en que su hijo, su padre, su madre, cada familiar, cada pariente, cada persona a la que van destinadas sus plegarias, será y fue sanada por el “siervo de Dios”, por el “venerable”, ahora “beato”. Beatificación que fue otorgada por el papa y posible, gracias al reconocimiento del milagro que hiciera J. G. H., a la niña Yaxury Solórzano, el cual se explicará detalladamente, líneas más adelante.

Es evidente que el doctor José Gregorio Hernández, fue en vida un ser superior en virtudes así como lo fue Jesús de Nazaret (hijo de Dios, hecho hombre). Mientras que, José Gregorio Hernández, siendo laico, pudo seguir las huellas, el ejemplo de santidad, que nos dio en vida Jesucristo guiado por Dios. Acentúo entonces que fueron humanos como lo somos nosotros. Considerando que hay una diferencia radical entre Jesús de Nazaret, que es el hijo de Dios, y el doctor Hernández, que era laico, y que murió en honor a la santidad, pero que también fue primero una persona y luego fue ascendido con el respectivo propósito que tuvo Dios para él, cabe preguntar aquí: ¿Existirán más laicos, ahora o en el futuro cercano, con un destino así de celestial? No lo sé, lo que sí puedo asegurar es que todos los días tenemos la oportunidad de ser mejores personas y ello depende también de nosotros.

El milagro de la beatificación

Compenetrada con la fe de la que hemos hablado en este trabajo y ahora enfocados en el milagro que logró el reconocimiento del Vaticano para la beatificación de nuestro José Gregorio Solórzano, estuvo y está, la madre de Yaxury Solórzano, la señora Carmen Ortega. Ya que luego de que su hija Yaxury, recibiera un impacto de bala el día 10 de marzo de 2017 y gracias a su petición y devoción al “siervo de Dios”: “Ella dio testimonio de un sentir religioso que la inspiró en su alma: ‘No te preocupes, que tu hija va a salir bien’. Después de esa intensa oración, la señora también dio fe de que comenzó a sentir una paz interior que no había experimentado antes”, según se lee en la separata titulada *J. G. H. Testigo de fe: el milagro para su beatificación* redactada por la Comisión Nacional para la Beatificación de José Gregorio Hernández.

Revelación que fue develada tiempo previo a la desafiante operación que el Dr. Alexander Krinitzky realizaría a Yaxury Solórzano, quien como ya se mencionó, recibió un balazo en la zona parieto occipital derecha que la dejó gravemente herida. Luego de dicho impacto su masa encefálica quedó afectada con mucha pérdida de sangre. Fue entonces cuando la señora Ortega pidió al Venerable que por su intersección salvara a su hija e hizo la confesión que, líneas arriba, se señala.

El hecho violento ocurrió en horas de la mañana, como ya se mencionó, el día 10 de marzo de 2017, a manos de unos antisociales que le dispararon en la cabeza a Yaxury Solórzano mientras ella iba en la moto de su padre y unos maleantes intentaron robar dicho transporte. El hecho tuvo lugar en el caserío Mangas Covertas, del estado Guárico, (Venezuela). Inmediatamente, la familia Solórzano trasladó a la niña, quien para ese entonces contaba con 10 años, hasta el hospital Pablo Acosta Ortiz. Fue un trayecto que duró cinco horas, es decir, a pesar de todo ese tiempo Yaxury permaneció viva, no obstante, tendría que esperar en la terapia intensiva infantil, aún más, dado que el centro asistencial no contaba con un neurocirujano que la operara de urgencia ya que el Dr. Alexander Krinitzky se encontraba en la capital venezolana.

Tiempo antes de la medianoche, el mencionado neurocirujano llegó a San Fernando de Apure y su diagnóstico no fue nada alentador. Al respecto y extrayendo nuevamente de la separata titulada *J. G. H. Testigo de fe: el milagro para su beatificación* cito que: “Conociendo el estado de salud de la niña, el médico aseveró que, en caso de sobrevivir a la intervención quirúrgica, ella podría quedar con discapacidad y con secuelas muy graves en la motricidad, en lo lingüístico, en la memoria y hasta con pérdida de visión, porque el daño cerebral era severo. Podría mejorar lentamente en la movilidad, con la asistencia de un equipo multidisciplinario y con mucha terapia”.

(Continúa en la página 9)

José Gregorio Hernández: vida y ejemplo

(Viene de la página 8)

A la mañana siguiente, a 12 horas de haber sido herida, el especialista realizó una delicada operación de control de daños retirándole desde tierra, hueso y esquirlas metálicas. No obstante, tuvieron que dejar algunos de estos elementos para evitar más daño cerebral.

Pasaron cuatro días y Yaxury reaccionó positivamente a pruebas y exámenes. No fue necesario continuar con su intubación. Su recuperación fue tan satisfactoria que luego de 10 días de haber sido operada, llega caminando junto a su madre al consultorio del doctor Krinitzky, quien viendo su asombrosa evolución en términos de tiempo y calidad de los resultados tomó la decisión de registrar la impresionante mejoría de la paciente en un video para mostrarlo en un futuro congreso. Tras veinte días Yaxury, además de caminar, hablaba y veía con total normalidad. Hoy en día, la niña del milagro, aun cuando quedaron restos de esquirlas metálicas en su cabeza, tiene una vida normal, sin grandes secuelas neurológicas. Además habla y se interrelaciona con su entorno. Es alumna regular en el colegio Casa Hogar San Fernando, situada en la capital apureña.

Pero el asombro del neurocirujano en cuestión no quedó solo en su mente si no que se lo comenta a un sacerdote y este le pregunta si había escuchado de alguna petición religiosa, en específico de alguna intercesión a algún santo. Cercano a los dos años después de la intervención del Dr. Krinitzky a la niña Yaxury Solórzano (fue operada el 11 de marzo de 2017), el especialista recibe a la paciente bendecida por José Gregorio Hernández para una reevaluación de rutina y en esa ocasión le pregunta a la madre de Yaxury a que santo se había encomendado. En la ya mencionada separata titulada *J. G. H. Testigo de fe: el milagro para su beatificación* se lee que: “La respuesta fue clara: ‘Le pedí a Dios el milagro por intercesión del doctor José Gregorio Hernández; cuando ya iban a entrar a quirófano, yo sentí que la bendición de José Gregorio me quitó la preocupación, porque todo iba a salir bien’”.

El periplo de la beatificación

¿Pero cuándo y cómo se inicia el proceso de beatificación del ciudadano ejemplar, doctor José Gregorio Hernández? Este periplo de 72 años se inicia con la escritura de una biografía del doctor a manos de su sobrino Ernesto Hernández Briceño, a petición del arzobispo de Caracas, monseñor Lucas Guillermo Castillo, en marzo de 1948, quien es que refrenda la causa a fin de comenzar el expediente para la beatificación de J. G. H. No obstante, y de acuerdo con la información extraída del contenido redactado por la Comisión Nacional para la Beatificación del Dr. José Gregorio Hernández titulada “Preguntas y respuestas beatificación Dr. José Gregorio Hernández” no es sino “[...] en septiembre de 1949 que se inició formalmente el proceso de la beatificación con el postulador diocesano padre Antonio de Vegamián, custodio de los padres capuchinos [...]”. Posteriormente, en el año 1961, quien fuera arzobispo de Caracas, el cardenal José Humberto Quintero, es quien concluye el proceso adicional.

En 1972, el doctor José Gregorio Hernández recibe el título de “siervo de Dios” por la Congregación para las Causas de los Santos. Mientras que es declarado: “venerable” por Juan Pablo II, el 16 de enero de 1986.

Es aquí cuando retomamos el milagro a comprobar, relatado anteriormente. El 18 de diciembre de 2018 fue cuando el tribunal eclesiástico de la diócesis de Apure analizó el caso de Yaxury Solórzano, dando inicio a la fase diocesana de la investigación a un hecho que calificaron como inexplicable. ¿Por qué y cómo era posible que mientras que la tomografía realizada a Yaxury (en ese entonces tenía 12 años) presentaba una lesión en el cerebro, ella estaba totalmente asintomática y sin secuelas de ningún tipo? ¿Por qué entonces y según el pronóstico del neurocirujano, la niña no tenía señales de discapacidad?

Carmen Solórzano tenía clara la respuesta. No había dudas, su petición a Dios había sido escuchada, la intercesión del doctor José Gregorio Hernández, momentos antes de la operación, la liberó de la preocupación devolviéndole a su hija, días más tarde con vida y con plenas facultades.

El 18 de enero de 2019 y luego de que el tribunal eclesiástico de la diócesis de Apure analizara el hecho, el cardenal Baltazar Porras entrega, en el Vaticano, el dossier del caso que fue recibido por la Congregación para las Causas de los Santos. Mientras que a partir del 31 de enero de 2019 y con dicho paso adelante, la doctora Silvia Correale, la postuladora de la causa de beatificación y canonización; y monseñor Tulio Ramírez Padilla, obispo auxiliar de Caracas, vicepostulador de la causa en Venezuela, lideran en Roma una rigurosa investigación del presunto milagro.

El 9 de enero de 2020, el Vaticano, luego de encargar a médicos y especialistas en neurología, el estudio exhaustivo del sumario sobre el caso de la niña Solórzano y extrayendo cita, de la nota de prensa, de la Comisión Nacional para la Beatificación de J. G. H. titulada “El milagro de Yaxury”, se anuncia que efectivamente se trataba de un: “[...] hecho inexplicable que se adjudicaba a una especial intervención de Dios, por la intercesión del venerable médico trujillano, en respuesta a la petición que la devota madre le hiciera a él cuando supo que el neurocirujano que haría la intervención a su hija, procedía con pronóstico muy reservado [...]”.

El 28 de abril del 2020 y aprobado por unanimidad, a manos de los siete expertos que conforman la Comisión Teológica, y luego de examinar el presunto milagro exhaustivamente, afirman que, en efecto, se trata de un milagro que ya no es presunto, sino que es un milagro, una curación, una especial acción de Dios por intercesión del venerable Dr. José Gregorio Hernández Cisneros. Previa a la aprobación del papa Francisco, “[...] el 18 de junio de 2020, la Asamblea de Obispos y Cardenales de la Congregación para las Causas de los Santos da su visto bueno [...]” cita que se extrae del material titulado “Preguntas y respuestas beatificación Dr. José Gregorio Hernández” escrito por la Comisión Nacional para la Beatificación del Dr. José Gregorio Hernández. Finalmente, como lo indica la misma fuente, fue después de 72 años de un largo, constante y empinado periplo, que “el 19 de junio de 2020, en manos del cardenal Giovanni Angelo Becciu, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos (para la fecha recién mencionada), recibe la firma de su santidad Francisco con la aprobación antes de la beatificación”.

Y fue así de largo el viaje que abarcó desde sus inicios (con la biografía escrita por el sobrino de José Gregorio Hernández) hasta nuestros días, que un deseo colectivo se convirtió en un halo mundial de fe alrededor del “Siervo de Dios”, el médico de los pobres.

30 de abril: Día de júbilo nacional

Llega el viernes 30 de abril de 2021, día de la beatificación de José Gregorio Hernández y el país en pleno realiza las celebraciones y actos litúrgicos pertinentes. Incluso días antes de este acto tan esperado, ya localidades como Trujillo, Mérida, Valle de la Pascua, Guanare, Barinas, El Vigía-San Carlos, Tucupita, Coro, Maturín, San Fernando de Apure, Carúpano entre otros lugares tuvieron actividades (incluyendo el mismo 30 de abril de 2021) como vigiliás (la noche anterior al día de la beatificación), hora santa, misas y repique de campanas entre otras acciones según cada diócesis.

El día de la beatificación, el canal venezolano Vale TV abrió su señal para que otros canales se unieran voluntariamente en la difusión de la homilía. Incluso agencias de prensa internacionales como EFE, entre otras, se unieron a la transmisión en vivo que tuvo lugar a las 10 am en la Capilla del Colegio La Salle de la Colina (Caracas) esta vez, a través de Youtube, donde todavía se puede ver la ceremonia que contó con la presencia de sesenta obispos de las cuarenta diócesis y arquidiócesis del país. Esta celebración fue precedida por el nuncio apostólico, Aldo Giordano, acompañado del cardenal Baltazar Porras y el cardenal emérito Jorge Urosa Savino. Posterior a la lectura de la Carta Apostólica se decretó la beatificación de nuestro José Gregorio.

Además de algunos devotos en la ceremonia oficial estuvieron presentes la niña del milagro, Yaxury Solórzano, su hermana y la madre de ambas, quienes son fieles y protagonistas y desde cuya fe, se derivó el logro tan esperado por lustros y lustros: reconocer la potencia sanadora de José Gregorio Hernández en todo el mundo. Hecho que se hace físico con la realización de un relicario especial cuyo eje principal es el sombrero emblemático del Venerable y el microscopio dado que J. G. H. lo introdujo en Venezuela. Además de colocar dentro de él, un extracto de hueso extraído de la exhumación del cadáver de J.G.H. realizada en el 2020.

La ceremonia contó con la dirección musical de las maestras Elisa Vegas y Luimar Arismendi, quienes dieron forma a una

misa criolla en la que se integraron diversos ritmos y géneros venezolanos con la participación de reconocidos cantantes como: Francisco Pacheco, Marilyn Chirinos, Trina Medina, Magdalena Frómata, Betsayda Machado, Luis Fernando Borjas, Gisselle Brito, Andrés Mata, Annaé Torrealba, El Otro Polo, Liana Malva tuvieron participación especial, al igual que el actor Sócrates Serrano, el beatboxer Jhoabeat y los niños Malva Acosta y Yadrían Mijares. Cristóbal Jiménez cantó un tema de su autoría dedicado al nuevo beato. Así mismo los temas que se interpretaron son composiciones de autores nacionales.

La misa fue muy emotiva, en especial cuando en medio de ella se abrazaron monseñor Giordano, delegado del papa, y el cardenal Baltazar Porras, exaltando los halos de amor y cristiandad que se desprendieron de tan esperado acto eclesiástico. Otro momento emocionante fue cuando se develó un hermoso mosaico de nuestro beato, José Gregorio Hernández, realizado por el artista larense Luis Enrique Mogollón.

A cada diócesis se le otorgó un relicario principal que hace un recorrido cada día, en cada parroquia, para que pueda ser visto de cerca por toda Venezuela.

“Aprobar la beatificación ha sido una nueva y gran manifestación de cariño paternal por parte del papa Francisco. Un gran regalo para todos los venezolanos”, expresó Monseñor Giordano en la homilía, transmitida por los canales de televisión nacionales, al referir el proceso de beatificación del laico y científico, nacido en la población trujillana de Isnotú el 26 de octubre de 1864, y cuyo periplo se prolongó durante 72 años. Así mismo, y durante la misma ceremonia, dijo que el acto de beatificación del doctor Hernández confirma lo siguiente: “José Gregorio Hernández ya no solamente pertenece a los venezolanos, si no a la iglesia universal, al mundo entero”.

La certeza de que Dios existe

Es así como la potente y poderosa fe, de la señora Carmen Ortega (madre de la niña del milagro) en Dios a través de la intersección de José Gregorio Hernández se elevó hasta lo más alto del cielo. Su súplica nunca fue pequeña, al contrario, movió literalmente montañas que desembocaron en la realidad que vivimos hoy: la esperanza es real, es tangible en el milagro de Yaxury Solórzano y en consecuencia la tan anhelada beatificación de J. G. H. Esperanza que se hace cada vez más necesaria en tiempos de pandemia. Saber que nuestras plegarias nunca serán mínimas, si no que más bien serán escuchadas, reconforta y alegra. Es un hecho: la fe es la certeza de que el bien opacará al mal y siempre triunfará. Nunca dejar de hacer el bien y nunca dejar de orar. ☉

Fuentes oficiales en orden de aparición:

-Comisión Nacional para la Beatificación del Dr. José Gregorio Hernández

-Nota de prensa titulada:

"José Gregorio Hernández: un hombre de ciencia y fe"

-Nota de prensa enviada titulada "José Gregorio Hernández: el médico de los pobres"

-Separata titulada *J. G. H. Testigo de Fe: médico de los pobres*

-Separata titulada *J. G. H. Testigo de fe: el milagro para su beatificación*

-Material de prensa llamado "Preguntas y respuestas beatificación Dr. José Gregorio Hernández"

-Nota de prensa titulada "El milagro de Yaxuri".



BUSTO DE JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ / ARCHIVO EL NACIONAL

HOMENAJE >> ALFREDO ARMAS ALFONZO (1921-1990)

Entre el “rumor de las prensas” y el “aire de las tintas”

Texto leído en el acto de inauguración del Espacio Alfredo Armas Alfonzo, en la Universidad Católica Andrés Bello, en noviembre de 2023

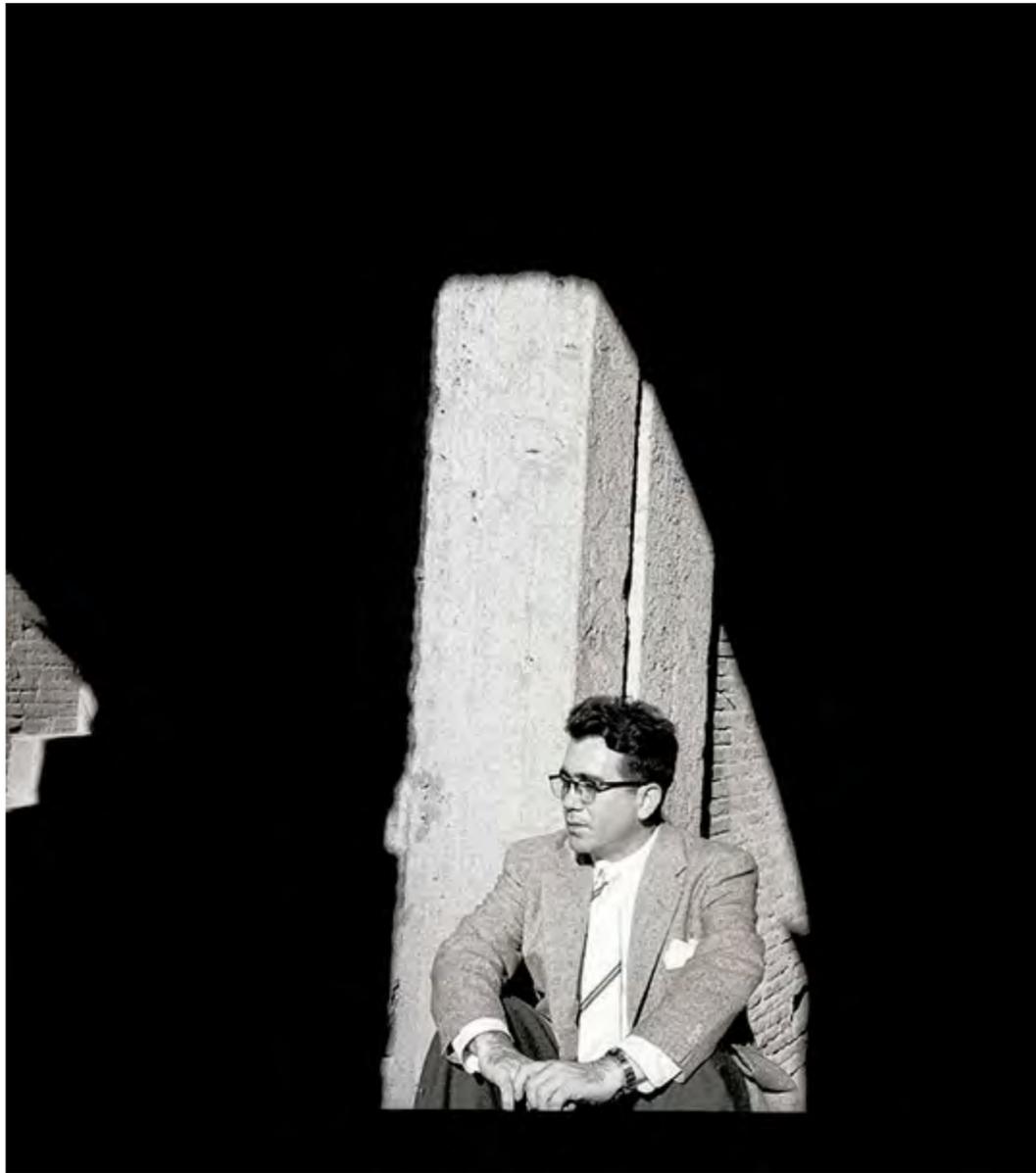
MARIBEL ESPINOZA

Creo que fue en 1970. Guanape aún desconocía el asfalto, su río no sabía de puentes y unas luces entristecidas alumbraban a duras penas sus noches... Allí, un día de esos, frente a la plaza, sentada en el quicio de la casa de la bisabuela, una niña de ocho o nueve años escuchaba en riguroso silencio –porque cuando hablan los mayores los niños callan– un diálogo entre el abuelo y unos señores que buscaban y al mismo tiempo traían noticias de la historia local. Ellos eran Alfredo y Rafael Armas Alfonzo. La conversación continuó en el recorrido de las dos cuerdas largas que separan la mencionada casa del cementerio y se animó ante la tumba del general Manuel Itriago Armas, alias “Veneno”, comandante de la plaza de Barcelona en la Revolución libertadora, arropada por un caro que hasta hace poco dio sombra al desamparado campamento. Hasta allá los siguió la niña sin invitación alguna.

De esa visita quedaría un texto publicado en 1972 en la *Revista Nacional de Cultura*, “La pelea de Guanape”, firmado por Rafael Armas Alfonzo y con el debido crédito al abuelo; también el recuerdo de un libro dejado entonces por las manos de don Alfredo: *Cuentos venezolanos* era el título que destacaba en el ocre y el violeta pálido de su portada. No sé si fue con este o con alguno de los varios libros realengos desperdigados por los cuartos o recámaras de aquella –aún me lo parece– inmensa casa que empezó el romance, que se prolonga hasta hoy, con la letra impresa. Lo que sí puedo afirmar es que siempre he tenido el convencimiento de que aquel fue mi primer libro. Gracias a sus páginas asumí temprano que esos cielos de la muerte, los de la ruralidad violenta de las montoneras que en ellas se cuenta, eran aquellos cielos, los mismos de los Yaguaracuto, de los Calcurián, de los Querecuto, de estos y otros antropónimos, herencia de las misiones franciscanas que se asentaron en esos pueblos de Dios y que nos permiten a los anzoatiguenses identificar la paisanía en cualquier lugar donde se nombren.

Del Unare a la revista *Elite*

Tal vez en ese episodio con el libro se ancla la idea fija de que es necesario propiciar el encuentro del niño con la lectura porque siempre puede haber algo capaz de cambiar el “destino natural” de una persona; de despertar, orientar o alentar una vocación que puede devenir oficio o profesión, y la vocación implica amar lo que se hace y amar lo que se hace acrecienta el haber de la vida. Así, en *Cualquier ocaso*, como titula las palabras en las que evoca al padre, Alfredo Armas Alfonzo se refiere a la llegada, tras una travesía en vapor y luego en reuacas por las cuarteadas trochas de verano o los lodazales de invierno que llevaban a Clarines desde Guanta o Puerto Píritu, de los rollos de *Religiones*, *Universales*, *Nuevodiarios*, *Elites*, que recibía el padre para su venta. Y agrega: “Por aquellas ventanas de papel nos asomábamos al turbulento siglo XX y fue así y no de otro modo como nos afirmamos en la convicción de que más allá del límite de barro a



AUTORRETRATO (1956) / ALFREDO ARMAS ALFONZO

que nos aquerenciaba el Unare, más allá de estas cruces del cementerio, había otras gentes, otro tiempo del mundo, algo más que esperar anochecer sobre la iglesia de cuando los españoles”. Y será lejos de esas cruces que señala, entre otras gentes y en un tiempo distinto, donde y cuando termine definitivamente prendando del “rumor de las prensas” y del “aire de las tintas” que emanaban de los talleres de la Tipografía Vargas, rostro industrial de la Editorial Elite, empresa bifronte con la que don Juan de Guruceaga daba continuidad a la figura de impresor-editor predominante en la historia de la edición en Venezuela. Corría el año 1944 y el joven clarinés se había incorporado como secretario de redacción a la revista *Elite*, cuya dirección asumiría al año siguiente.

Más que su paso, su huella

A confesión de parte, entre las esquinas de Pajaritos y La Palma, en Caracas, empieza su “familiaridad con el periodismo, las artes gráficas, la literatura, la convivencia con los pintores...”, lo que definirá su hacer multifacético, bien por el ejercicio mismo o como comprometido impulsor y difusor. Un compromiso del que da cuenta especialmente la historia de nuestro diseño gráfico, y del sector editorial en su conjunto, pues, tanto en su condición de escritor como en las distintas posiciones laborales que ocupó, la edición venezolana encontró en él a un firme y decidido aliado. Testimonio de ello es –más que su paso– la impronta que dejó en las revistas bajo su dirección, *Nosotros* y *El Farol*, de la Creole Petroleum Corporation, empresa a la que ingresó en 1946. Y no hay un buen aliado sin aliados. En la primera –publicación interna de la petrolera– el estadounidense Larry June, experto en tipografía y en técnicas de impresión,

sentará las bases de la disciplina tipográfica en nuestro medio y es a él, en justo reconocimiento, a quien Armas Alfonzo le atribuye “la filosofía y aun el hecho de la existencia fundamental del diseño gráfico en Venezuela”. Pero será *El Farol* –esta sí de proyección externa y masiva– la que abra sus páginas no solo a temas orientados a “edificar el imaginario de identidad nacional”, como bien apunta Sagrario Berti, sino también a proyectar una idea de modernidad, lo que ha consagrado a esta publicación como icono de la historia editorial del país. Dos hechos se conjuntaron para tal proeza: primero, el regreso de Armas Alfonzo de Roma, donde permaneció durante ocho meses de 1956 empapándose de los avances tecnológicos de los procesos editoriales, y luego, la formalización de la dirección artística de la revista, asumida en 1957 por Gerd Leufert, a quien nuestro personaje llama “admirable artesano de la humildad”. Entonces comenzó –sostiene– la historia del diseño en Venezuela.

En 1959, Leufert deja la publicación para desempeñar otras labores y le sucede Nedo Mion Ferrario, o simplemente Nedo M. F., y como tal aparecerá su nombre vinculado a varias iniciativas editoriales impulsadas por Armas Alfonzo. Una de ellas será la revista *Oriente*, cuyos cinco números se inscriben en una de las empresas de cultura más trascendentes realizadas en el país, la que desarrolló en la Universidad de Oriente entre 1962 y 1968. No hay espacio para decir tanto, pero no se puede dejar de citar en este contexto la creación de la Imprenta y de la Editorial Universitaria, bajo cuyo sello se publica, en 1968, un hito de las artes gráficas en nuestro entorno: *Imposibilia*, de Leufert en coautoría con Nedo M. F., diseñado por el primero y con prólogo de don Alfredo. Los últimos, diseñador y es-

critor, harán dupla nuevamente para dar cuerpo a ese precioso libro titulado *Juan de Guruceaga: la sangre de la imprenta*, que es la concreción del acto de estampar en la memoria la labor de un impresor-editor bajo cuyo cobijo –dice el autor– se generó “la más vasta, diversa y valiosa bibliografía venezolana”.

Y en ese mismo empeño, sorteando las dificultades que comporta la carencia de archivos especializados, la dispersión o el mal estado de conservación de los materiales, da forma, junto a Gerd Leufert, a un libro imprescindible, *Diseño gráfico en Venezuela*. En él recoge una parte esencial de la historia de la obra impresa aquí desde 1808, año de la llegada y del establecimiento de la imprenta en la capital de la provincia, hasta las décadas de 1970 y 1980, cuando la calidad del diseño gráfico venezolano comienza a recibir reconocimientos en el exterior.

“

El propósito de convertir cada ejemplar de este tiraje especial en una pieza única revela en el autor una anticipada y muy particular valoración del libro como objeto”

Autor con oficio de editor

Queda mucho por decir sobre los caminos transitados y trazados por don Alfredo en el ámbito de las artes gráficas, pero hay otro aspecto que reclama una mirada y es su faceta de autor-editor. El tratamiento de los detalles, esa sutileza que se aprecia en sus primeros libros, cuando su obra todavía no entraba en la dinámica de las editoriales –con sus políticas de funcionamiento, las pautas de distinta naturaleza, las antesalas y los límites en la participación de los autores–, y en aquellas publicaciones más del espacio privado y de restringida circulación, con raíces tan cercanas al corazón como a la rosa. Todo ello se sustenta en un entramado perfecto, en el que se combinan siempre las imprentas más acreditadas, donde las hubiere, con excelentes diseñadores e ilustradores, demostración de un exigente sentido de calidad y conocimiento del oficio editorial. Mencionemos algunos.

Los cielos de la muerte, su libro primigenio, será impreso al alimón, en la Pascua de 1949, por la Tipografía Vargas, responsable de la tripa, y Cromotip, de la portada diseñada por Carlos Cruz-Diez, una de las muchas colaboraciones del artista plástico con el escritor, ambos unidos por la amistad que se gestó en la revista *Elite*, siguió en *Nosotros*, en *El Farol*, y prosiguió en la vida... “siempre los dos en todo”, diría Armas Alfonzo. Como detalle, en el colofón los nombres de cada uno de los colaboradores. Historia, memoria pura. Le seguirá *La cresta del cangrejo*, que vio luz en la prestigiosa Imprenta López de Buenos Aires; rarísima edición cuya portada tiene dos presentaciones en las que participan lo industrial y lo artesanal: la primera con ilustración, también de Carlos Cruz-Diez, impresa en litografía, mientras que la segunda corresponde a un tiraje adicional numerado, probablemente de 100 ejemplares –puesto que en la biblioteca del autor reposa, entre otros, el número 90–, en los cuales la imagen litográfica de Cruz-Diez es sustituida por dibujos originales sobrepuestos, en diferentes técnicas y de varios pintores –no firmados, pero con estilos disímiles–, probablemente destinados a un público seleccionado con algún motivo o una fecha determinada. El propósito de convertir cada ejemplar de este tiraje especial en una pieza única revela en el autor una anticipada y muy particular valoración del libro como objeto y de la integración de las artes plásticas al producto editorial. En *Tramojo*, impreso en Cromotip en 1953, se acopla delicadamente la tipografía sobre una imagen fotográfica tomada por el autor en el río Unare, desplegada en portada y contraportada, un recurso nada usual en un medio en el que el gusto del momento se decantaba por las viñetas o las cubiertas resueltas en caracteres de imprenta. Se trata de una esmerada edición de diez cuentos, precedido cada uno de una ilustración de reconocida firma. De *Como el polvo*, impreso en la Editorial Arte de don Francisco de Juan en 1967, cautiva de entrada su fuerza tipográfica, la solución cromática de aparente simpleza y altísimo contraste, y esa pequeña ilustración que, en un plano ligeramente secundario, apela al lector para que la interprete. Llegamos, omitiendo algunos peldaños, a la primera edición de *El osario de Dios*, “libro nación”, en el decir de José Napoleón Oropeza; con portada del autor y publicado por Editorial Púa, en su acta de nacimiento –léase colofón– reza que se terminó de imprimir “el día del cordónazo de los muertos 2 de noviembre de 1969 en los talleres de la Editorial Universitaria de Oriente Cumaná”. Información por el estilo se repetirá en otros de sus libros.

Dotar de sentido fechas y acontecimientos es construir memoria; dejar constancia del tejido humano que hace posible un libro es también construir memoria, justa memoria. Pues se trata, en definitiva, de dar a cada quien el lugar que le corresponde y que haya un lugar para todos, y cuando haya un lugar para todos, y aquí lo cito: “Guanape y Clarines –y el país total– tendrán tanto maíz para sí y para todos los pericos del monte”. ●